ALFONSO TRUEBA

Ensanchadores de México

(SEGUNDA EDICION)



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1959

Primera Edición.—Figuras y Episodios de la Historia de México.—2,000 ejemplares. —Septiembre de 1954.

Segunda Edición.—Figuras y Episodios de la Historia de México.—3,000 ejemplares. —Abril de 1959.

Acabóse de imprimir el día 15 de abril de 1959, en los Talleres de la Editorial Jus, Plaza de Abasolo No. 14. México 3, D. F. El tiro fue de 3,000 ejemplares.

EN EL CAMPAMENTO DE UN EMPRESARIO o en la oficina de una sociedad por acciones se trazaron los planos para construir los Estados Unidos. México fue elaborado en un taller de misioneros. Nuestra nación se debe, no a los mercaderes, sino a los apóstoles.

Esto, por desgracia, se olvida o se ignora.

Preguntemos a un niño mexicano quién y cómo conquistó la Baja California, o quiénes y con qué métodos fundaron la civilización en Sonora, Sinaloa, Durango, Chihuahua o Tejas. No lo sabrá, porque en la escuela le enseñan que la conquista fue rapiña y crueldad y nunca le han dicho que hombres inermes, sin derramar más sangre que la suya propia, extendieron las fronteras de México y redujeron a unidad de lengua, religión y costumbres cientos de tribus bárbaras.

Es en libros extranjeros donde leemos: "En los anales del género humano no se encuentra otra conquista semejante [a la española]... Nuestros antecesores de Virginia y Nueva Inglaterra, que se abrieron camino a través del Gran Oeste, y los exploradores francocanadienses fueron, ciertamente, hombres duros y resistentes; pero sus hazañas no pueden compararse con las de los conquistadores y religiosos españoles... Los resultados de sus conquistas fueron sorprendentes y maravillosos, así en lo material como en lo espiritual" [1].

Confirmaríamos esta idea al saber cómo se agrandó la nación mexicana y qué depósito de osadía y amor fue necesario para crear este patrimonio físico y espiritual de que gozamos.

[1] E. S. MORISON Y H. S. COMMAGER, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, I, 36, Méx., 1951.

Representa este cuaderno un intento de divulgar esa historia casi desconocida del ensanchamiento de la patria, la historia que debería leerse en todas las escuelas y los colegios para formar en el alma de la juventud un sentimiento de amor a lo suyo y un concepto verdadero acerca del origen y desarrollo del país en que vive.

El pobre relato que sigue es apenas un trasunto, una imagen borrosa de algunos ensanchadores de México, *en los que podemos admirar las cualidades comunes a esa legión de gigantescas figuras que labraron con su intrépida fe, con su fuerte corazón y con su sangre esta cosa real y eterna que es México.*

Capítulo I

LA PENINSULA DE BAJA CALIFORNIA —ese descarnado brazo de tierra mexicana— fue por más de dos siglos objeto inaccesible de conquista, piedra en que se rompió la tenacidad castellana.

Emperadores y reyes, capitanes y navegantes, virreyes y audiencias, inútilmente porfiaron en ocuparla y dominarla. Todos sus intentos fracasaron.

Cuando ya se había desistido definitivamente de la empresa, un pobre religioso, sin ayuda del rey, atenido sólo a su fe, emprende y logra la pacífica colonización de ese país arisco, remoto y desolado.

Ese fraile fue Juan María de Salvatierra.

A él y a los que le siguieron se debe, pues, que la península de Baja California sea parte del territorio de la nación mexicana.

Si fuese parte de los Estados Unidos —donde suelen honrar a sus auténticos grandes hombres— el nombre del Padre Salvatierra figuraría entre los de sus *pioneers* inmortales y sería su recuerdo motivo de veneración.

Pero en México, donde despreciamos la verdadera grandeza y nos ponemos de rodillas ante ídolos de lodo, el nombre del Padre Salvatierra —ensanchador de la patria— es casi ignorado.

Hace poco, cuando se erigió el Estado de Baja California, se habló de bautizarlo con el nombre de algún pequeño achicador, de esos que tienen estatuas en todas partes. Nadie se acordó —la ingratitud es el pecado de México— de aquel fraile jesuíta que es el

legítimo padre de Baja California, nombre éste que debería ir indisolublemente unido al suyo.

De acuerdo con el propósito que nos hemos impuesto de reparar el olvido en que yacen las más gloriosas figuras de nuestra historia —las que nos brindan razones para sentirnos orgullosamente mexicanos— desempolvamos ahora la de Juan María Salvatierra, y evocamos a otro gigante civilizador, que siguió los pasos de aquél: el Padre Juan de Ugarte, así como a sus compañeros.

Empecemos por considerar brevemente los intentos de conquista de Baja California hechos con anterioridad a los trabajos de estos misioneros.

CORTES FRACASA

Un capitán extraordinario, Hernán Cortés, fracasó en la conquista de Baja California.

Porque *"los hombres pretendían* —dice el Padre Venegas— *el logro de esta empresa con las armas y con el poder; Dios quería que este triunfo se debiese a la blandura y a la flaqueza de sus Ministros, al abatimiento de su Cruz y a la fuerza sola de su Divina palabra"* [1].

Varias expediciones organizó el conquistador de México.

La primera, al mando de Alvaro de Saavedra, naufragó. La segunda, compuesta de dos navíos cuya construcción personalmente dirigió en Tehuantepec el genial capitán, salió de Acapulco en mayo de 1532 al mando de Diego Hurtado de Mendoza, primo de Cortés. Uno de los navíos regresó a consecuencia de una revuelta contra el capitán; del otro no se volvió a saber jamás nada.

La tercera salió para buscar a la segunda. Se componía también de dos naves al mando de Diego Becerra de Mendoza y llevaba como piloto a Ortuño Jiménez. Esta expedición terminó desastrosamente con un motín a bordo y el asesinato del comandante Becerra por la tripulación. Ortuño dejó muertos, heridos

[1] VENEGAS, MIGUEL, S. J., *Noticia de la California*, II, 12.

y frailes en la costa de Michoacán y, cruzando el mar, fue el primer castellano que pisó la tierra de Baja California, donde fue atacado y murió a manos de los indios. Sus naves, con restos de la tripulación, volvieron a Jalisco con fantásticas noticias sobre una isla llena de perlas.

Al saber Cortés el resultado de esta expedición, acordó no enviar más capitanes, sino ir él en persona.

Reúne 3 naves, y el 18 de abril de 1535 se hace a la vela. Desembarca en la Bahía de Santa Cruz (La Paz) y hace regresar los barcos para que lleven el resto de la expedición. Esta segunda travesía fue desastrosa. Naufragaron dos de los barcos, en los que traían víveres. Pasaron los meses y el hambre amenazó la pequeña colonia. Cortés salió entonces en el navío que le quedaba a buscar los otros perdidos. Atravesó el mar, dice Gómara, que es como el Adriático; corrió la costa en 50 leguas; padeció mil trabajos, pero al fin los halló varados en la costa. Con no menos trabajos y peligros volvió con socorros a la Bahía de Santa Cruz, donde algunos habían muerto ya de hambre.

Entretanto se había difundido en la Nueva España la noticia de que Cortés había muerto. El virrey Mendoza ordenó que salieran dos barcos en su busca, los que llegaron a Baja California con cartas del virrey en las que ordenaba al conquistador que volviera a Nueva España. Esto dio oportunidad a Cortés de abandonar con decoro una empresa inútil.

Así, el que quiso añadir gloria a la mucha que ya tenía, no la halló en Baja California, que continuó envuelta en niebla de sueño y misterio.

OTRAS EXPEDICIONES

El poco fruto que Cortés sacó de sus muchas y costosas expediciones debió haber hecho desistir de nuevos intentos de exploración del Mar Pacífico. Pero el buen virrey Mendoza creyó tener en las manos una conquista en que podría hacerse tan famoso y tan rico como Cortés en la suya. Ordenó formar dos armadas po-

derosas, una de mar y otra de tierra, confiando el mando de la naval a Francisco de Alarcón y de la terrestre a Francisco Vázquez Coronado.

Alarcón partió con sus navíos el año 1540 y navegó en demanda de la California. Al llegar a la altura de 36 grados, en donde debía unirse a la expedición de Vázquez Coronado, esperó mucho tiempo en vano. Finalmente, dejando varias cruces y al pie de ellas enterradas botijas con papeles, que señalaban el día, mes y año de su venida, volvió a la Nueva España.

Más tarde, Pedro de Alvarado, el camarada de Cortés, abrazó fácilmente la idea de ser el secreto competidor de su antiguo jefe, en los descubrimientos del Mar del Sur. Formó una gran flota de 12 navíos, en la que gastó todo su dinero, y declarándose él por general de su armada, la condujo al Puerto de la Purificación, en Jalisco, donde había de tomar agua, bastimentos y gente. El virrey Mendoza apadrinó la empresa.

Hallándose Alvarado en el Puerto de la Navidad (Manzanillo) recibió aviso de la sublevación de la Nueva Galicia y peticiones de socorro de su gobernador, Oñate. Pedro de Alvarado, "excelente y famoso capitán, próspero en la vida y desgraciado en la muerte, más amigo de honra vana que de sólida alabanza", fue en ayuda de su compatriota y murió aplastado por un caballo [2].

PERSISTENCIA INUTIL

Mucho sintió don Antonio de Mendoza la muerte de Alvarado; pero era muy magnánimo para dejarse vencer por las desgracias. Determinó pues, no obstante sus fracasos, ejecutar con generosa bizarría el año de 1542 tres empresas igualmente heroicas y plausibles. La primera fue salir en persona a sujetar los rebeldes de Jalisco; la segunda, enviar navíos a registrar la costa exterior de California; y la tercera despachar otros a descubrir y poblar las islas llamadas entonces del Poniente y luego Filipinas.

---

[2] Véase Dos Virreyes en el No. 8 de esta colección.

Encargó de la segunda a Juan Rodríguez Cabrillo, portugués honrado, valeroso y práctico en la mar, quien salió del Puerto de Navidad el 27 de junio, a reconocer las costas por el lado Norte. Tocó en la Bahía de Santa Cruz en California, llamada por otro nombre Puerto del Marqués del Valle, desde que en ella estuvo Cortés. Siguiendo la costa exterior, descubrió la bahía que llamó de la Magdalena; reconoció el Cabo del Engaño, el de la Cruz y el de la Galera; continuó navegando hacia el Norte, hasta los 44 grados de latitud. La falta de bastimentos y el mal estado de los navíos le obligaron a regresar.

Pasó don Antonio de Mendoza al virreinato del Perú sin ver realizada aquella conquista de la que esperaba fama y riqueza.

Varios años después, el rey Felipe II ordenó que se descubriesen y poblasen las tierras de la California. Los ingleses, por ese tiempo, habían empezado a ser dueños del mar. El célebre pirata Francis Drake había llenado de terror todas las costas del Mar del Sur y hecho escala en las de California, a la que puso por nombre *Nueva Albión*. Le imitaron otros piratas, que guareciéndose en la misma costa, perturbaban nuestra navegación con las Islas Filipinas.

Para asegurar el dominio español, mandó, pues, el rey que se poblase California. Vino nombrado de la Corte para esta empresa el capitán Sebastián Vizcaíno, "hombre animoso, pero sesudo, buen soldado de tierra, práctico en las cosas del mar". Salió de Acapulco con 3 naves y tomó tierra en la costa interior de California, sin resistencia de los indios.

Vizcaíno fundó el puerto de *La Paz,* al que llamó así porque los indios de la bahía lo recibieron pacíficamente. Aquí plantaron el Real, formaron una estacada de madera, labraron una pequeña iglesia y levantaron algunas chozas.

Se hicieron varias exploraciones, que revelaron la aridez de la tierra, y después de sufrir no pocas desgracias, se resolvió en junta de soldados y capitanes desamparar del todo la conquista, sin dejar pobladores, y volverse a la Nueva España, como lo hicieron al fin del año de 1596.

Las mismas razones que obligaron a Felipe II a mandar que se tomase con todo empeño la conquista y reducción de California, determinaron a Felipe III a expedir la real cédula de 27 de septiembre de 1599 en la que ordenó al Conde de Monterrey, que gobernaba la Nueva España, que a costa de la hacienda real y sin reparar en gastos, hiciese con toda diligencia nuevo descubrimiento y entrada en la California, no por la costa interior del golfo, sino por la exterior de la Mar del Sur.

El virrey, después de largas deliberaciones, nombró por capitán general al mismo Sebastián Vizcaíno, que lo había sido de la expedición anterior.

Dispuesto ya todo, salió el general Vizcaíno de Acapulco, en 5 de mayo de 1602, con dos navíos, una fragata y un barco longo, acompañado de tres religiosos carmelitas.

Esta expedición reconoció exactamente la costa, mucho más allá de San Francisco, California, y fundó el puerto de Monterrey, bautizado así en honor del virrey de la Nueva España. Viéndose imposibilitados a mantenerse más en aquella costa, dieron vuelta y entraron en Acapulco en marzo de 1603.

Los trabajos, las enfermedades y los peligros de esta navegación eran para acobardar al más animoso, pero no al general Vizcaíno, endurecido en ellos, y esperanzado en lograr grandes ventajas de la conquista. Pasó a España a solicitar de la Corte permiso para hacer nueva jornada a su costa. El Consejo Supremo de Indias, escarmentado del poco fruto de las dos tentativas anteriores, detuvo por mucho tiempo la resolución. Vizcaíno, "a quien sobraba corazón para luchar con las borrascas y calmas del mar, no le tuvo para luchar con las calmas y varios vientos que emperezan y agitan el mar de la Corte", y saliendo de ella malcontento, se volvió a la Nueva España.

Sin embargo, la Corte no había abandonado el propósito de reducir California. El 19 de agosto de 1606 firmó el rey dos cédulas dirigidas al nuevo virrey de la Nueva España, Marqués de Montes Claros, y a don Pedro de Acuña, gobernador y capitán general de las Islas Filipinas, en las que mandó buscar al general Vizcaíno para que organizara nueva expedición a California.

El virrey, en cumplimiento de la real cédula, hizo buscar y llamar al general Vizcaíno, quien se dejó encontrar fácilmente. Pero cuando se disponía muy contento a la ejecución de la empresa, "murió de enfermedad y se enterró con él toda la bien fundada esperanza de la expedición".

LA EXPEDICION DE JUAN ITURBI

Pasaron 9 años en que sólo se hicieron algunas pequeñas entradas en California, más a pescar y rescatar perlas que a poblar.

En 1615 se dio licencia al capitán Juan Iturbi para hacer a su costa nueva jornada. A éste le apresaron uno de los navíos los piratas conocidos con el nombre de *pichilingues*, "que no sin desdoro de nuestro poder infestaban el mar del sur, y cuyas insolencias hacían más patente la necesidad de la reducción de California, donde se guarecían".

Con el otro navío entró Iturbi en el golfo de California y llegó hasta la altura de 30 grados, pero no pudo pasar adelante. Falto de víveres y en peligro de perecer, halló socorro en Sinaloa, donde a la sazón era misionero el Padre Andrés Pérez de Ribas, jesuíta, autor de una bella relación sobre las misiones del Noroeste.

Recibió Iturbi en Sinaloa la orden del virrey de salir a encontrar la Nao de Filipinas, que temía diese en manos de los corsarios holandeses que frecuentaban aquellos mares. Obedeció Iturbi, y saliendo del golfo al Mar del Sur, escoltó la nao hasta Acapulco. De este puerto pasó a México, donde corrió la fama de las perlas que traía. Eran muchas y de finos quilates, aunque tostadas las más, porque los indios echaban al fuego las conchas para asar y comer los ostiones.

Crecieron con esto los deseos de conquista de California. Vecinos de la costa de Sinaloa acudieron en pequeños barcos a la de la península, ya a bucear en los placeres, ya a rescatar las perlas de los indios.

En marzo de 1632, el capitán Francisco de Ortega se embarcó en una fragatilla de 70 toneladas, con el Padre Diego de la Nava, a quien el obispo de Guadalajara nombró vicario de California, en cuyas playas desembarcaron el 2 de mayo. Reconocieron la costa, desde la Bahía de San Bernabé hasta La Paz, rescataron perlas, hallaron indios mansos, excepto en los lugares donde habían sufrido vejaciones, y volvieron en junio a Sinaloa. Ortega hizo otros 2 viajes, en 33 y 34, con ánimo de poblar. Se hizo un intento de conversión de los indios, que fracasó.

Esteban Carboneli, por su cuenta, en 1636, exploró la península, en busca de tierras fértiles, donde poblar. Pronto volvió, desengañado.

La frustración de tantas expediciones a California no enfriaba los ánimos, sino que los enardecía, porque, dice el Padre Venegas, "a vuelta de los infortunios, venían algunas perlas, y lo que es más, la fama de su abundancia".

Por orden del virrey, el gobernador de Sinaloa pasó en 1642 a reconocer costas, islas y tierra adentro. Llevó con él al Padre Jacinto Cortés, misionero de la Compañía de Jesús. Visitaron la isla de San José, cuyos moradores los recibieron con gusto, y corrieron 40 leguas de costa. El Padre Cortés confirmó la noticia de las perlas, de la pobreza de los naturales y de su buena disposición para recibir la fe. Pidió que lo señalaran misionero de aquellos indios.

De España vino, con facultades amplias de formar una armada, conquistar y poblar la California, el almirante Pedro Portel de Casanate. La dirección espiritual de la empresa se confió a la Compañía de Jesús. En 1648 reconoció la costa interior del golfo, en busca de lugar cómodo para sentar el Real Presidio. Halló la misma dificultad que los demás en la esterilidad del país. Cuando

andaba de costa en costa y de puerto en puerto, recibió orden de salir al encuentro de la Nao de Filipinas, expuesta a caer en manos de enemigos. Salió el almirante a encontrar la Nao, la convoyó hasta Acapulco y desde allí pasó a informar al virrey de la dificultad de la empresa, que se suspendió por entonces.

¡California, fabulosa de perlas, tierra fugitiva, inasible!

ULTIMAS EXPEDICIONES

Con terquedad ya secular, en España continuaban empeñados en la conquista de la península californiana.

Carlos II despachó cédula en 1677 en que mandaba se hiciese nueva tentativa.

Quedó ésta a cargo del almirante Isidro Atondo. En 1683, seis años después de expedida la orden real, salió de un puerto de Sinaloa con dos naves, bien provistas y armadas, y a bordo más de 100 personas.

Entre éstas iba el hombre a quien se deberá en gran parte la consumación de la empresa: el Padre Eusebio Francisco Kino. Lo acompañaban Juan Bautista Copart y Pedro Matías Goñi, también misioneros.

A los 14 días de navegación entraron los barcos en el puerto de La Paz. Saltaron en tierra y hallaron a los indios en actitud hostil. Los misioneros salieron solos hacia ellos, "cargados de donecillos y comestibles, dando a entender por señas y caricias, que venían de paz". Con eso los atrajeron.

Organizó el capitán varias entradas tierra adentro. Hubo encuentros con los indios, embravecidos por pasadas injurias, y muerte de algunos de ellos.

Por falta de alimentos, y en vista de la desmoralización de los colonos, que no tenían el temple de los exploradores del siglo XVI, el almirante Atondo se vio obligado a desamparar el puerto de La Paz, el 14 de julio. Volvió a Sinaloa para rehacerse de bastimentos y tentar segunda entrada por mayor altura, donde según

noticias había mayor comodidad para poblar y eran mansos los indios.

Así lo hizo. A 6 de octubre dio fondo en una ensenada que llamó de San Bruno. El mismo día reconoció con los 3 misioneros el aguaje, que distaba media legua. Formó el Real, en el que se empezaron a fabricar la Iglesia y chozas de árboles. Con las ceremonias acostumbradas, tomó posesión de la tierra en nombre de Su Majestad, "acto repetido muchas veces con más pompa que fruto".

La primera entrada en la tierra se hizo en diciembre. Hallaron indios pacíficos. Los misioneros se aplicaron luego a lo suyo, o sea el trabajo de conversión. Antes que nada, tenían que aprender las dos lenguas que se hablaban en el país, lo que intentaron.

Se cuenta que el Padre Kino, para hallar una palabra que explicara a los indios el dogma de la Resurrección, se valió de este medio: tomó algunas moscas y las sumergió en agua, a vista de los indios, que las tuvieron por muertas. Las sacó y puso a calentar al sol. Las moscas empezaron a moverse, y los indios exclamaron: *Ibimu hueguite, ibimu hueguite*. Escribió el Padre las palabras y con ellas explicó la resurrección del Señor.

Los misioneros se dedicaron a instruir a los naturales, especialmente a los niños. Aprendieron éstos brevemente la doctrina en su lengua y en la castellana, y cada día la rezaban con los Padres, juntas las manos e hincados de rodillas.

Muy contentos se hallaban los Padres con la docilidad de los indios y su disposición para recibir la fe. Pero el Almirante no lo estaba tanto con la tierra elegida, donde no era fácil mantener la empezada población.

Mandó registrar la costa, a ver si hallaban un sitio mejor. No lo hallaron. Pidió a misioneros y soldados que expusieran su opinión sobre lo que debía hacerse. Los soldados opinaron que se desamparase el Real de San Bruno, por ser la tierra estéril y malsana. Los misioneros dijeron que debía esperarse algún tiempo, pues no habiendo llovido en 18 meses, no se podía hacer cabal juicio de la tierra.

El Almirante determinó atender las peticiones de su gente y volverse con sus muchos enfermos a Nueva España, después de una estancia de 14 meses en California.

Kino y sus compañeros, que ya tenían domesticados y medio instruídos 4,000 indios, sintieron mucho el abandonar aquella cristiandad tan bien dispuesta.

En esta expedición se gastaron $ 225,000, con muy poco provecho.

El Almirante informó al virrey de su infructuosa expedición, que consumió 3 años de trabajos. Mandó el virrey que una junta general examinase el informe. Esa junta resolvió: California es inconquistable.

A esta conclusión se llegaba después de casi 2 siglos de tentativas y más de 20 viajes de exploración.

Pero había un fraile que —como dice Venegas— tenía *entrañada la conquista*: Eusebio Kino. El porfiará y trasmitirá su deseo ferviente a otros hombres. Y éstos, que no buscan perlas, sino almas, consumarán la empresa.

Capítulo II

"TERRA DESERTA, ET INVIA, ET INAQUOSA"

EXPLICAN LOS FRACASOS de todas las expediciones la aspereza y esterilidad de la tierra: Baja California no producía nada, y cuando se acababan los víveres llevados por los expedicionarios, había que marcharse.

Hoy, con el empleo de los modernos medios de explotación, Baja California puede ser —y es, de hecho— tierra productiva. Pero en los siglos XVII y XVIII se ofrecía ante los ojos de los exploradores como un inmenso desierto donde la vida era casi imposible.

Terra deserta, et invia, et inaquosa: tierra desierta, intransitable y sin agua, la llamó, usando las palabras del salmista, el Padre Baegert, misionero que vivió 17 años en ella. *"Es una extensa roca que emerge del agua* —escribió—, *cubierta de inmensos zarzales, y donde no hay praderas, ni montes, ni sombras, ni ríos, ni lluvias"* [3].

El hombre busca sitios cómodos para asentarse, por eso huyó de Baja California, que hubiese permanecido baldía, despegada de México, si no la ocupan y la unen los misioneros, que todo lo sacrificaron al bien de unas pocas y pobres almas.

"Los que no saben levantar los ojos del polvo de la tierra —dice el Padre Venegas—, de ningún modo pueden creer que se exponga alguno a grandes trabajos, sin una gran recompensa temporal". Por eso no pueden creer que los jesuitas hayan ido a Baja California

[3] BAEGERT, JUAN JACOBO, *Noticia de la península americana de California*, 29

movidos de pura compasión a las gentes errabundas y míseras que la habitaban. Algún interés concreto, material, piensan que debió conducirlos.

Vamos a demostrar aquí, siguiendo ese precioso relato que escribió el Padre Jacobo Baegert, o sea la *Noticia de California*, los trabajos que padecieron en la reducción de los bárbaros, con el objeto de que el lector juzgue si había desinterés o no.

LA VIDA EN CALIFORNIA

"La vida en California —dice Baegert— *sólo es posible para tres clases de seres humanos; es decir, primero, para algunos Padres que logran decidirse a abandonar su Patria por el amor de Dios y caridad cristiana; segundo, para unos cuantos españoles pobres, nacidos en América que pasan a California por no poder ganarse la vida en otra parte; tercero, para los californios mismos"* [4].

Según opinión de algunos, la palabra California deriva de *calida fornax,* o sea horno caliente. Es, en efecto, tierra calcinada.

Cuenta el misionero que en 17 años de vivir en California nunca sintió frío, a pesar de que su traje se componía sólo de su hábito de camelote sin forro, y sin traje debajo, y refiere que un día de julio, estando de hinojos en el portal de la iglesia, al aire libre, rezando con sus indios el rosario, se vio obligado a abandonar el lugar, debido al calor inaguantable. Agrega que todos los años, al acercarse el verano, tenía que arrumbar el colchón, de apenas 3 dedos de grueso, y dormir en un cuero extendido, y ni así conseguía descansar.

Muy rara vez llueve en Baja California, pues si el suelo consiste de pura roca, parece que su cielo está hecho de acero o de bronce vaciado. El agua, por lo mismo, era muy escasa. (Decimos que *era* porque hoy se obtiene con la perforación de pozos). En sus largos viajes, los misioneros sufrían sed. Relata el Padre Baegert que una vez lo llamaron de un lugar distante y que el

[4] *Ib.*, 29.

viaje duró todo el día. El calor era fuerte y la sed lo agobiaba; desmontó y pidió agua, pero la halló tan caliente como si hubiese estado puesta al fuego.

No había lugares frescos, ni más sombra que detrás de un peñasco o en una cueva, de modo que los misioneros cabalgaban bajo el rayo del sol, días enteros, y muchas veces no alcanzaban a ver una sola yerba, ni verde ni seca, para el caballo hambriento.

Las observaciones del P. Baegert se refieren al medio en que vivió durante 17 años, o sea la misión de San Luis Gonzaga. Baegert no cambió de lugar, a diferencia de otros misioneros, que trabajaron en diversas misiones. Por lo mismo, sus observaciones son respecto a una zona limitada. En otros puntos de la península sí hace frío. En cuanto a que el suelo es de roca, debemos decir que la afirmación no puede aplicarse a toda la península, pues hay inmensas llanadas de tierra de aluvión, arrastrada por el agua que cada 6 ó 7 años cae a torrentes sobre California. En una de esas llanadas fundó Salvador Abascal hace pocos años (1941) la colonia de María Auxiliadora, empresa insólita en este siglo que bien merece un relato aparte.

De lo dicho se sigue que tierra cultivable sí la había; pero el problema era éste: donde había tierra faltaba el agua, y donde había agua, faltaba la tierra. De ahí que, como veremos, algunos misioneros formaran pequeñas planicies artificiales, llevando tierra hacia los lugares donde brotaba un manantial.

LA MORADA DE UN MISIONERO

El misionero levantaba su casa, como Dios le daba a entender, a la sombra de la iglesia.

Allí era visitado por toda clase de sabandijas.

Las serpientes eran huéspedes indeseables, pero ciertos. Baegert cuenta que un día encontró una víbora de 5 palmos de largo en la tabla superior de su librero, cuando extendió la mano para tomar su navaja de afeitar; que en otra ocasión, al levantarse de la cama, vio otra sobre la repisa inferior de la ventana. Sin embargo, es tradición que ningún misionero murió de piquete de víbora.

"No peco de mentiroso —agrega el autor que venimos citando— *al asegurar que he matado, en 13 años y en una casa nueva construida de piedra y mezcla, más de medio millar de alacranes, tal es la abundancia de estos simpáticos animalitos en ciertas regiones de California. Por eso, acostumbraba yo tener siempre a la mano una alesna larga para clavarlos en las paredes en los momentos de descubrirlos; por eso tampoco hay que considerar como milagro el que los cocineros californianos sirvan a uno alacranes entre otros platos exquisitos".*

En cuanto a ciempiés, tampoco faltaban. El Padre Baegert encontró uno de los más largos en su cama, al acostarse, y en otra ocasión tenía uno entre el hábito y la camisa.

Enormes arañas peludas abundaban entre los libros y ropas de los misioneros; sapos y murciélagos, hormigas y langostas, más otras alimañas igualmente repulsivas visitaban con frecuencia las humildes casas de los Padres.

La comida del misionero era bien frugal. Mandaban traer pescados, que salaban y guardaban frescos, es decir, sin secarlos al sol, para comerlos en cuaresma. El resto del año se alimentaban con legumbres secas y un poco de leche de cabra. "Si además de esto —confiesa Baegert— era posible conseguir algunos huevos, me consideraba no sólo muy bien, sino espléndidamente regalado".

LOS CALIFORNIOS

En Baja California no hallaron los misioneros ningunas construcciones, lo que quiere decir que los californianos vivían al aire libre.

Eran errantes. No llegaban a dormir 3 veces seguidas en un mismo sitio. Se acostaban sobre el suelo desnudo, donde la noche les sorprendía, sin preocuparse por sabandijas o inmundicias que pudiera haber en el suelo.

Andaban completamente desnudos. *"Su piel morena les basta*

sobradamente en lugar de traje o abrigo; de pantalón o de jubón, de calza o de camisa; de ropa para verano o invierno, para días de trabajo o de fiesta", dice Baegert.

Las mujeres solían cubrirse un poco. De las pencas de los cactos sacaban un hilo del que hacían unos lacitos delgados en los que ensartaban cientos de pequeños botones, cortados de cierta caña. Estas sartas las colgaban de un cinturón y se cubrían con ellas parte del cuerpo.

Después de recibir el bautismo, los indios de uno y otro sexo anduvieron un poco vestidos. Los misioneros daban una o dos veces al año, un pedazo de paño azul a cada uno para que se cubriera el bajo vientre. Además, si sus recursos les alcanzaban, les daban a todos unas enaguas cortas de lana azul, y a las mujeres un velo blanco y grueso, toscamente tejido, que les cubría la cabeza y todo el cuerpo. Tan pronto como salían de la iglesia, las mujeres se quitaban los velos y los hombres sus taparrabos.

LA ALIMENTACION

A pesar de lo árido del suelo, ningún californio moría de hambre, pues "El que mantiene los pájaros del aire, El también se encarga de estos miserables que El ha redimido con su sangre y criado para el Cielo".

El alimento de los californios se clasificaba en 4 categorías, según el Padre Baegert. A la primera pertenecían ciertas raíces, y en especial la raíz de yuca, que comían tostada al fuego.

A la segunda pertenecían cierta clase de semillitas que iban juntando; ciertas leguminosas que se daban en zarzas y arbustos, y de las cuales el P. Píccolo describió 16 especies.

En la tercera categoría se contaba todo lo que es carne y que proviene de animales vivos. Comían tecolotes, ratones, ratas, lagartijas, serpientes, murciélagos, grillos, orugas verdes y pelonas, *"y un gusano blanco asqueroso, del largo y grueso del dedo pulgar"*.

El cuarto grupo consistía de muchas materias: maderas tiernas y renuevos, cuero curtido y sin curtir, correas viejas de piel cruda, que por largos años habían servido para atar una cerca, huesos de pájaros. El Padre Baegert cuenta que cierta vez se encontró con un anciano ciego que estaba despedazando entre dos piedras un zapato viejo hecho de cuero crudo de venado, y se llenaba la boca y el estómago con los trozos duros y rasposos.

Agrega: *"Con unas 12 cargas de salvado diarias, hubiera yo podido arraigar en la misión a toda mi gente, con excepción de la temporada de las pitahayas"*.

Dice también que apenas se mataba una vaca o un buey en la misión y el cuero se extendía en el suelo para secarlo, cuando ya media docena de muchachos o adultos se arrastraban sobre él, rascando y royendo, y tirando de él con cuchillos, piedras y dientes; y sin más llevaban lo que desprendían a la boca.

"En la misión de San Ignacio —dice el mismo misionero— *hay gente que se traga doce o más veces el mismo trozo de carne, amarrado con un hilo, y doce veces lo vuelven a sacar, jalando del hilo, como se saca a un pescador de perlas del agua"* [5].

En seguida refiere —con permiso del lector— algo asqueroso, y es esto: las pitahayas encierran una gran cantidad de pequeñas semillas, como granos de pólvora, que el hombre evacúa intactas. Para aprovechar estos granitos, los indios juntaban en la época de pitahayas todos los excrementos y recogían de ellos las semillas, las tostaban, molían y de nuevo las comían. Los españoles llamaban a esto la segunda cosecha o de repaso.

Hay que decir, en honor de los naturales de California, que no eran antropófagos ni borrachos. No bebían más que el agua sucia de los charcos y pantanos.

En cuanto al aderezo de los alimentos, no los aderezaban de ninguna manera. Quemaban, chamuscaban o tostaban en la lumbre todo lo que no comían crudo. Botaban a la lumbre el pescado, el pájaro, la serpiente, el ratón o el murciélago, como si fuesen pedazos de leña; lo dejaban calentar un rato, luego lo tiraban al suelo arenoso o polvoso para que se enfriara, y lo comían. *"No acostum-*

[5] *Ib.*, 92.

bran despellejar el ratón, ni destripar la rata, ni lavar los intestinos del ganado, ni limpiar los pedazos de carne que han quedado tirados entre las inmundicias", dice el Padre Baegert.

(Es lástima que Rousseau no haya sabido estas cosas antes de escribir su elogio sobre la vida salvaje y de predicar la vuelta a la naturaleza).

FAMILIA Y CRIANZA DE NIÑOS

Antes de las misiones, los californios tomaban tantas mujeres como podían y querían. A veces contaban entre sus esposas a las propias hijas.

Las mujeres daban a luz sin ayuda, y donde les sorprendía la hora. El niño no encontraba otra cuna que el suelo o la concha de una tortuga. La madre, obligada a emprender sus correrías, dejaba al recién nacido al cuidado de alguna vieja, y la criatura pasaba diez y más horas sin comer.

Cuando el niño era mayorcito, la madre lo montaba sobre el cuello, y con él vagaba todo el día, bajo el sol y en medio de las tormentas. El niño no recibía más alimento que la leche de la madre; si faltaba, moría, lo cual no apesaraba a las mujeres, que más bien se alegraban de verse aliviadas de una carga.

Toda la crianza se limitaba a darles de comer mientras no eran capaces de buscarse el sustento por sí mismos, es decir, mientras el niño no era capaz de desenterrar raíces, atrapar ratones y cazar serpientes.

Los padres no se ocupaban ni mucho ni poco de los hijos de sus mujeres.

Con razón exclama el misionero Jacobo Baegert:

"¡Que Dios quiera iluminar a los californios y que guarde a Europa de tal crianza de los niños, que, en parte, es la que propone el infame soñador J. J. Rousseau en su *Emile* y va de acuerdo con la moral de algunos filósofos modernos de la cofradía de los canallas!"

Los misioneros dan fe de que los californios eran tontos, torpes, sucios, ingratos, mentirosos y holgazanes, *"pero a pesar de todo, seres humanos y verdaderos hijos de Adán; tienen razón e inteligencia como otras gentes"*. Por eso fueron en su busca.

Los trabajos que pasaron los Padres para domesticarles, para inculcarles la doctrina cristiana, debe suponerlos el lector.

Carecían los indios de organización política o religiosa, de manera que no tenían autoridades, ni policía, ni leyes; no conocían ni ídolos, ni templos, ni cultos, ni ritos, ni nada que se le pareciera; no adoraban al verdadero Dios ni creían en falsos dioses.

Sus idiomas —pues tenían varios, según que fueran indios *guaicuras, pericúes, cochimíes* u otros—, eran pobrísimos. No tenían palabras para significar cosas que no fueran percibidas por los sentidos. Los Padres aprendieron sus rudimentarios dialectos e hicieron maravillas para expresar en ellos las verdades de la Religión.

Según cálculos del Padre Baegert, los californios serían unos cuarenta mil, dispersos en la península. Cuando los misioneros fueron expulsados, tenían doce mil reducidos en misiones.

"LA MIES MADURA"

Esas pocas gentes bárbaras eran la "mies madura" que los misioneros jesuitas se propusieron recoger "para las trojes de Cristo", como dice el Padre Venegas.

Fueron en procuración de su bien espiritual, y lo obtuvieron. Como subproducto, es decir, como añadidura, consiguieron su bien temporal, y con éste, la incorporación de Baja California a la Nueva España.

Veamos ahora cómo se cumplió esta formidable tarea.

Capítulo III

YA HEMOS VISTO cómo la Audiencia de México —después de casi 2 siglos de tentativas— declaró a California país inconquistable, y también que el fracaso de todas las empresas se debió, principalmente, a la aridez de la tierra. Los españoles que iban en busca de regiones fértiles donde vivir y prosperar, o de ricas vetas de oro y plata, se descorazonaban al no hallar lo que buscaban y volvían a sus lugares de origen.

Verdaderamente, en California sólo había hombres a quienes salvar, y el que fuera en busca de ellos, y no de riquezas, se quedaría en los zahareños terregales de la península, y consumaría la conquista. En otras palabras, sólo un misionero podía realizar la empresa, y fue un misionero el que la realizó.

EL HOMBRE SEÑALADO

Nació en 1644 en Milán, de una familia noble y rica. Vino a México a la edad de 30 años, o sea en 1675 [6], en compañía de otros jesuitas "cuyos nombres bastan para inmortalizar cualquier misión", entre ellos los PP. Nicolás de Prado y Fernando Pécoro, los mártires de la Tarahumara Juan Ortiz de Foronda y Manuel Sánchez, el mártir de las Marianas Manuel Solórzano y Juan B. Zappa.

El hombre de quien hablamos era Juan María Salvatierra, apóstol de California.

[6] Esta es la fecha que proporciona el P. Decorme, corrigiendo a Venegas.



P. Juan Ma. Salvatierra.

Terminados sus estudios, pidió que se le dedicara a las misiones más arduas de la sierra. Se le destinó luego a la misión de Chínipas, cuyo territorio se extendía al suroeste del moderno estado de Chihuahua, comprendiendo los actuales distritos de Rayón, Arteaga, Andrés del Río (Batopilas) y Mina. Esta región formaba una profunda concha, hecha de montañas y barrancas, cuya única salida era el río Mayo al Norte y el Fuerte por Sinaloa.

Con la llegada del Padre Salvatierra, en 1680, la misión recibió un vigoroso impulso. Inmediatamente se ganó a los indios Guazapares y Temoris, apenas desbravados, con su trato paternal y enérgico a la vez. Encauzados estos dos pueblos, extendió su acción a los de la cuenca del río Septentrión, especialmente a los de Cerocahui y Cuiteco, visitados antes por el Padre Pécoro.

Era el Padre Juan María Salvatierra hombre *"de salud y fuerza muy robusta, para sufrir sin quebranto cualquier trabajo e incomodidad"*, dice Venegas, y en verdad que debió ser muy fuerte quien soportó por más de 30 años la vida de un misionero en la sierra y en los desiertos.

Diez años cultivó el Padre sus misiones. En la rebelión de 1690, que costó la vida a los PP. Foronda y Sánchez, algunos chínipas pretendieron matar también a Salvatierra, quien se salvó gracias a la fidelidad de la nación, que no quiso participar en el movimiento. Cuando esta rebelión cundió, el Padre Salvatierra fue sacado de la misión y nombrado Visitador.

ENCUENTRO CON KINO

En 1691 fue Salvatierra a visitar las misiones de Sonora, a cargo del Padre Eusebio Kino, con quien hizo un viaje por todos los pueblos de la Pimería. Salvatierra y Kino eran almas hermanas y luego se entendieron. Ya hemos dicho que el Padre Kino *tenía entrañada* la conquista de California, que no le parecía tan difícil como a los demás. El mismo había pedido licencia al Padre General de emprender esta obra, como también la pidieron los PP. Francisco María Píccolo y Xavier Saeta, poco después mártir de Cristo en la Pimería.

En aquellas cabalgadas por los desiertos de Sonora, Salvatierra y Kino hablaron largamente de California. El celo de Kino era contagioso y el de su compañero muy receptivo. Así pues, cuando Salvatierra quedó informado por Kino de la disposición de California para recibir la fe y de los medios de lograr felizmente una empresa suspirada por espacio de 2 siglos, de la que se hablaba en los caminos, en las posadas y en todas las conversaciones, *"se enterneció de tanta manera el santo celo del Padre Juan María Salvatierra, que desde entonces determinó procurar, por todos los medios posibles, facilitar la entrada en la California, para conseguir su conversión"*.

En los años siguientes el Padre Salvatierra no dejó de importunar para salir con su idea, ya siendo Rector del Colegio de Guadalajara, ya Rector y Maestro de novicios de Tepotzotlán.

Ni la Compañía, ni el virrey, ni la audiencia de Guadalajara, a la que Salvatierra procuró empeñar en el caso, quisieron apoyar el propósito de éste. Parecía que todo el mundo se conjuraba contra sus designios y los de su compañero el Padre Kino, *"cuando plugo a Dios vencer, por medios no esperados, todas las dificultades"*.

Dichos dos Padres, sin saber uno de otro, entraron en México un mismo día, 8 de enero de 1696, viniendo el uno de Guadalajara y el otro de Pimería. Ambos venían a solicitar licencia para la entrada en California, y el Padre Kino a pedir también misioneros que sembrasen y cultivasen la semilla evangélica en las naciones que él había preparado a recibir la fe.

Hicieron los dos las más vivas diligencias, pero en vano, y así tuvieron que retirarse desconsolados, el uno a sus misiones de los Pimas y el otro a sus novicios de Tepotzotlán.

Salvatierra no se desanimó. Cuéntase que el Padre Juan Bautista Zappa, insigne misionero que conoció muchas veces los sucesos futuros, predijo en claros términos al Padre Juan María, su antiguo compañero, cómo Dios le tenía destinado para plantar la fe en California, aconsejándole que consagrase la primera misión e

iglesia a la Madona de Loreto, que había de ser la conquistadora. El 13 de febrero de 1694, o sea el día en que el Padre Zappa murió, vestido en traje de peregrino se le apareció a la misma hora al Padre Salvatierra, animándole a padecer por la gloria de Dios. Salvatierra quedó tan confiado de conseguir la entrada en California con esta milagrosa aparición, que mandó pintar el tránsito de la Casa de Loreto por los aires, con los indios de la California, que tendidas las manos la esperaban e invocaban desde la orilla opuesta.

UN PLAN EN MARCHA

Por fin, después de muchs gestiones, obtuvo Salvatierra licencia para renunciar el rectorado de Tepotzotlán y solicitar limosnas con que empezar una obra que los reyes con dispendios crecidos no habían podido acabar.

La Audiencia de Guadalajara mudó de parecer, de suerte que su fiscal, José Miranda, vino a ser uno de los protectores.

El Padre Salvatierra pasó a la ciudad de México, donde halló un excelente socio en otro gigante de las misiones, el Padre Juan Ugarte, que de Procurador primero fue después compañero y uno de los fundadores de la Cristiandad en California.

Salvatierra, como dice Baegert, no tenía absolutamente nada, salvo algunos buenos amigos, su carácter tenaz y su confianza en Dios. Esto era bastante. En pocos días reunió dinero suficiente para emprender la conquista. Alonso Dávalos, Conde de Miravalles, y Mateo Fernández de la Cruz, Marqués de Buena Vista, con otras personas ricas, juntaron hasta 17 mil pesos, 7 mil en efectivo y los demás en promesa. Don Juan Caballero de Ozio, vecino de Querétaro, ofreció 20 mil y cubrir todas las libranzas que vinieran de California. La Congregación de los Dolores de México reunió 10 mil, para el sustento de un misionero. Don Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, dio una lancha grande y ofreció una galeota para el transporte de las provisiones.

El Real acuerdo, después de alguna oposición, concedió licen-

cia en 5 de febrero de 1697 a los Padres Salvatierra y Kino para que pasaran a California, con la condición de no gastar, ni librar contra la Real Hacienda, y de tomar posesión en nombre del rey de toda aquella tierra. Se les dio facultad para llevar soldados que los escoltasen, los que serían mantenidos por la misión.

PARTE "LA GRAN ARMADA"

Lleno de felicidad, el Padre Salvatierra salió de México el 7 de febrero, dejando a Ugarte el cuidado de recoger las limosnas. Se dirigió a Guadalajara y de aquí a Sinaloa. Desde la Misión de Mocorito envió a llamar a su compañero el Padre Kino, y mientras venía hizo una visita a sus primogénitos en la fe, los chínipas.

El Padre Kino, en cuanto recibió el aviso de Salvatierra, se puso en marcha, pero el gobernador de Sonora no le permitió salir por temor de que con su ausencia se rebelaran los indios, *"pues valía Kino solo por muchos presidios de soldados"*, dice Venegas. Con dolor suyo fue señalado en su lugar el padre Francisco María Píccolo.

Salvatierra, que ya se había detenido más de lo que pensara, se embarcó con toda su tropa en el puerto del Yaqui el 10 de octubre de 1697, día de San Francisco de Borja, fundador de la Provincia Mexicana y de sus misiones.

La comitiva del Padre Salvatierra era propia de una empresa toda de Dios: se reducía a 5 soldados con su cabo y 3 indios, uno de Sinaloa, otro de Sonora y uno más de Guadalajara.

"Esta fue toda la armada —dice Venegas— *con que después de tantas y tan grandes expediciones infructuosas, hizo Dios eficazmente la suya por medio de su fiel ministro, el V. P. Salvatierra"*.

Al tercer día de viaje, sábado, aniversario del descubrimiento de América, dieron vista a California, aunque no desembarcaron luego. Tocaron en la Bahía de la Concepción, reconocieron el puerto de San Bruno y el 19 de octubre desembarcaron en la ensenada de San Dionisio, *"que forma la costa en figura de media*

luna, toda verde con arbolillos y carrizales y tan espaciosa que de punta a punta hay casi cinco leguas, bastantemente provista de agua dulce no lejos de la playa".

Se eligió sitio para formar el Real cerca de un aguaje. Desembarcaron los bastimentos, animales y carga. (Llevaban 30 vacas, 11 caballos, 10 ovejas y 4 cerdos. Tuvieron que matar los cerdos porque los indios les tenían un terror invencible). El Padre Salvatierra era el primero en conducir la carga sobre sus espaldas.

Formóse el cuartel y trincheras del pequeño presidio. Se plantó en medio una tienda de campaña y se levantó delante de ella una cruz coronada de flores. Dispuesto todo lo mejor que se pudo, se trajo en procesión desde la galeota la imagen de Nuestra Señora de Loreto, Patrona de la conquista. Luego se tomó posesión de la tierra por el Rey, en 25 de octubre del mismo año de 1697.

PRIMEROS TRABAJOS

Inmediatamente comenzó el Padre Salvatierra el trabajo de reducción e instrucción de los indios, a quienes atrajo repartiendo entre ellos diariamente pozole o maíz cocido, que el mismo Padre cocinaba.

Al principio, los indios se mostraron apacibles, pero a los pocos días de fundada la misión, el 13 de noviembre, atacaron el Real. Quiso el Padre hablarles, pero le flecharon y apedrearon. Con horrible algazara y griterío, avanzaron hacia el Real, divididos en 4 partes. Fueron rechazados sin mucho daño de los acometedores, porque el Padre Salvatierra mandó que no se tirase a matarlos. Se empeñó varias veces la acción y al cerrarse por todas partes el avance, el capitán del pequeño resguardo ordenó que asegurasen los tiros. No sufría esto el corazón del Padre Salvatierra, quien corriendo hacia los más adelantados, les pedía a gritos que se retiraran para no morir. La respuesta fue dispararle tres flechas que no le hirieron. Se retiró con esto y los indios empezaron a caer muertos, aunque no fueron muchos, porque los demás, llenos de

terror, huyeron. El temor les obligó a pedir paz, por medio de sus mujeres y niños.

Ayudó mucho a la pacificación de los indios la llegada de cierto honrado cacique de San Bruno, que 13 años antes había tratado mucho con el Padre Kino. Estaba enfermo; procuró curarle el Padre Juan María, pero viéndole grave, le bautizó y puso por nombre Bernardo Manuel Ibo.

A fines de noviembre llegó a California el Padre Francisco María Píccolo, siciliano, misionero 12 años entre los tarahumaras y quien se ofreció para la California, cuya columna fue por 31 años. Dos permaneció en Loreto, ocupado en aprender la lengua y en cultivar a los niños que le traían los indios.

ENTRADAS Y FUNDACIONES

Se labró de piedra y lodo, con trechos de paja, una capilla, y tres cortas habitaciones, una para los misioneros, otra para el capitán y otra para almacén. Se levantaron barracas para los soldados. Se despachó un barco a Sinaloa, con cartas para los misioneros jesuitas, que enviaron en dos viajes los bastimentos que pudieron y cinco soldados que ayudaron a las obras.

En los primeros meses de 98 comenzaron a alterarse de nuevo los ánimos de los indios, soliviantados por sus hechiceros, desengañados de que los colonos no venían a un bucco pasajero, sino a residir en el país y a mudar costumbres. Un día robaron y destrozaron una canoa, mientras otros, más de 100, acometieron a 4 españoles, que se defendieron con valor.

Los Padres, ya con alguna inteligencia del idioma, instruían a los catecúmenos, pero al llegar el tiempo de la cosecha de las pitahayas, se desbandaron los indios, lo que sintió mucho el Padre Juan María.

La misión estuvo a punto de desaparecer cuando faltaron víveres. A mediados de junio todo el bastimento se reducía a 3 costales de harina mal molida y 3 de maíz agusanado. La lancha tar-

daba ya dos meses, y de México no había esperanza de socorro. Aun el ánimo del Padre Salvatierra desmayó en aquellas circunstancias. *"Escribo esta relación* —dice en los momentos de mayor apuro— *sin saber si la acabaré de escribir, porque a la hora que la escribo nos hallamos aquí con bastantes necesidades, por falta de socorro; y como cada día van apretando más, y yo soy el más viejo del Real de Nuestra Señora de Loreto, daré el tributo primero, cayendo como más flaco en la sepultura".*

El 21 de junio llegó de Chacala el barco *San José,* cargado de provisiones, que enviaba el Padre Juan Ugarte, con 7 soldados voluntarios. Salvatierra, creyendo perdida la lancha que había mandado por socorros, compró el barco, que sirvió de poco a la misión, pues era de muy mala calidad.

Don Pedro Gil de la Sierpe, el tesorero de Acapulco, envió entonces un regalo muy oportuno, consistente en el barco *San Fermín* y la lancha *San Xavier,* que luego fueron usados en el transporte de bastimentos de los puertos de Sonora a los de California. También llevaron yeguas, caballos y reses, que envió Agustín Encinas, otro bienhechor de la misión.

Con este socorro, el siguiente año de 1699 se comenzaron algunas excursiones por el país. Se reconoció el sitio de Londo, muy poblado, a 99 leguas de Loreto, y otro más cercano, detrás de una áspera sierra, llamado *Viggé Biaundó,* cuya gente pareció más capaz de instrucción, y se destinó para lugar de la segunda misión, o sea la de San Francisco Xavier, que a principios de octubre comenzó a cultivar el Padre Píccolo. Para llegar a ese sitio tuvieron que abrir entre las asperezas de la montaña, con mucho trabajo, en el que tomó parte el misionero, una vereda bastante capaz.

TRANCE EXTREMO DE LA MISION

La misión llegó a verse, a principios del siglo XVIII, en extrema necesidad. El suelo no producía entonces lo necesario para alimentar a la colonia, que iba creciendo, y por lo mismo había que llevarlo todo del otro lado del golfo. Pero les faltaban medios de

transporte. El barco *San José* se había enteramente inutilizado; el *San Fermín,* por descuido del piloto, encalló en unos bajos; sólo quedaba la lancha *San Xavier,* muy maltratada por las tempestades.

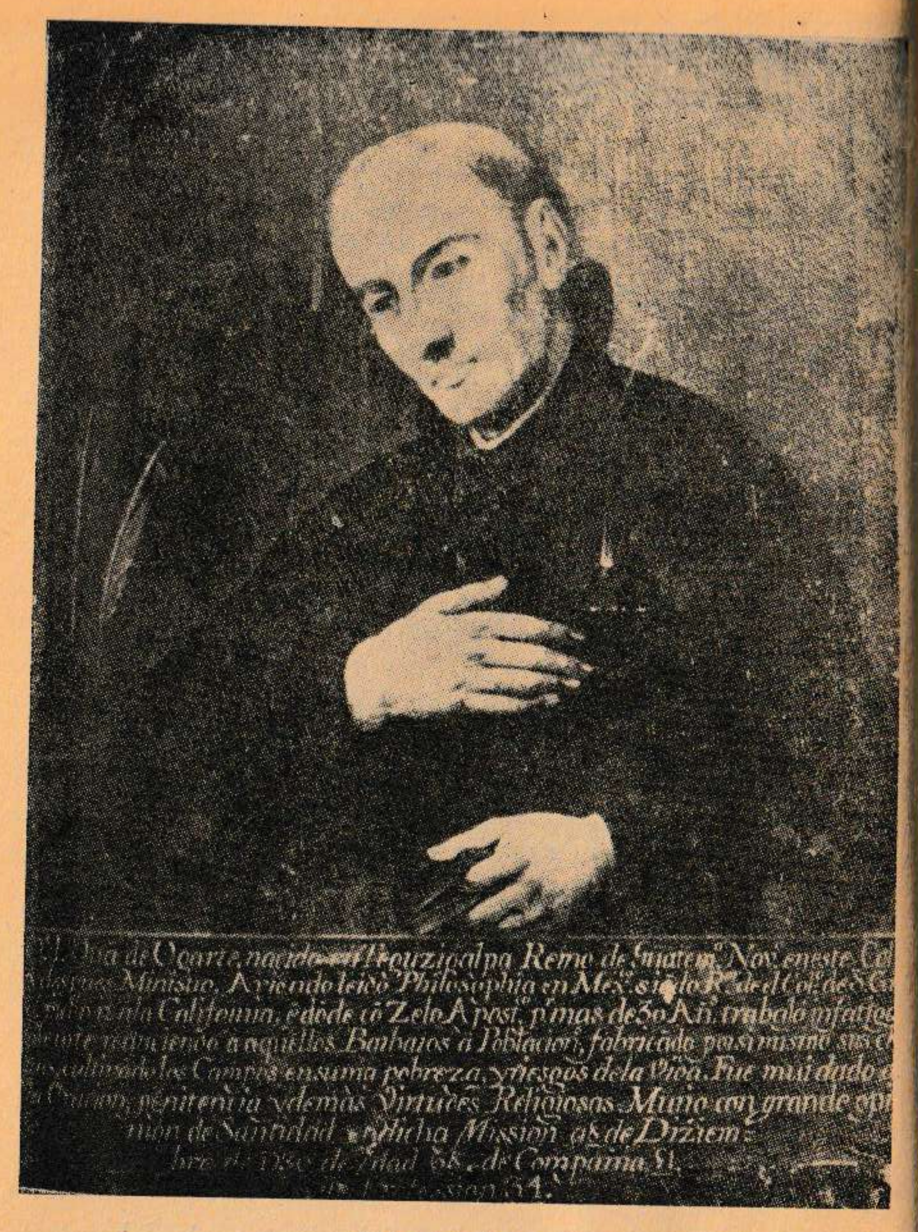
Hizo el Padre Salvatierra varias representaciones al Virrey, a quien pidió un barco y expuso el peligro de que la colonia *"pereciera al cuchillo de una hambre rabiosa".* El Procurador de la misión en México, Padre Ugarte, hizo cuanto pudo para su alivio, pero todo inútilmente. Les dijeron que el Real Erario estaba agotado con la conquista de la provincia de Texas y el establecimiento de una nueva colonia en Panzacola. Mas la causa principal de esta falta de ayuda, según Venegas, era *"la emulación que en todas sus empresas ha experimentado la Compañía desde sus principios. Esta raíz, oculta en los corazones poco sanos de muchos, envenenaba con pretextos especiosos las buenas intenciones".*

VIAJE DEL PADRE SALVATIERRA

El jefe de la misión, en vista de tantas dificultades, cruzó el golfo en una pequeña lancha en enero de 1701 para verse con el Padre Kino, a quien halló en Caborca. Ambos hicieron un recorrido por la costa y confirmaron en su viaje la noticia de la unión de California con el continente, noticia que entonces no era todavía cierta.

El Padre Salvatierra volvió por abril a Loreto, donde halló un nuevo y utilísimo compañero, el que habría de ser el sostén de toda la misión: el Padre Juan de Ugarte, que dejando el cargo de Procurador al Padre Alejandro Romano, había un mes antes llegado a California. No tenía el Padre Ugarte facultades de sus superiores para permanecer en la península, pero más tarde las consiguió, a instancias suyas, el Padre Juan María.

Alegre llama a Ugarte "hombre extraordinario y de aquellos que produce tarde la naturaleza", y Salvatierra no le daba otros nombres que los de *"Apóstol, Padre y Atlante de la California".*



P. Juan B. Ugarte

Nació en Tegucigalpa, Honduras, de padres vascongados. Era maestro de filosofía en México cuando conoció a los PP. Kino y Salvatierra y decidió participar en sus trabajos apostólicos.

Era Ugarte de complexión robusta, extraordinaria fuerza física, ingenio agudo, hábil para toda clase de tareas, voluntad muy firme, genio apacible, ardiente celo e íntima unión con Dios.

De no haber sido por él, muchas veces se hubiese abandonado la empresa. Cierto día llegó a ser tan grande la necesidad en la misión, que el mismo Padre Salvatierra propuso abandonarla. Ugarte, muy apesarado, se fue a la iglesia y ante los pies de la Virgen de Loreto, hizo voto de no desamparar el puesto, si no se lo mandaba la obediencia. Este acto animó a todos y salvó la misión.

Esta pasó por días angustiosos. Tanto los Padres como los soldados tuvieron que buscar personalmente el sustento, ya en el mar, ya en el monte, con las frutas silvestres, raíces y demás alimentos de los indios.

El Padre Píccolo hizo en marzo (1701) un viaje a México y obtuvo de la Real Hacienda una pequeña cantidad para ayuda de los gastos de la misión. El Marqués de Villapuente dio dinero para fundar otras 3 misiones, y en consecuencia de esto se pidieron al Provincial 4 misioneros, pero sólo se autorizaron 2, que fueron los PP. Manuel Basaldúa, michoacano, y Jerónimo Minutuli, de Cerdeña, con los cuales, y con cuantos socorros pudo recoger, pasó el P. Píccolo a California.

El P. Salvatierra, con el P. Minutuli, quedó en Loreto; Basaldúa pasó a S. Xavier, con el P. Píccolo, y el P. Ugarte recibió orden de embarcarse a Sinaloa, a recoger algún ganado, mulas y caballos, de que grandemente se necesitaba en la misión, a donde volvió por febrero de 1703.

El resto de este año se empleó en varias excursiones en busca de sitios para nuevas misiones.

Cuando el P. Píccolo pasó a la Nueva España, encargó Salvatierra a Ugarte la misión de San Xavier, de la que vamos a hablar para que vea el lector qué trabajos sufrieron los misioneros en fundar aquella cristiandad.

Pasó Ugarte a su misión con algunos soldados. Por temor a éstos, los indios huyeron sin dejarse ver por muchos días. Entonces Ugarte tomó una decisión heroica: despidió a los soldados y se quedó solo entre los bárbaros, dispuesto al martirio.

Al ver que los soldados se habían ido fueron llegando poco a poco los indios. El P. Ugarte, a costa de mucha paciencia, tuvo en poco tiempo recogida su grey.

Entró luego en dos empeños, igualmente difíciles: el primero de enseñar y doctrinar a los indios, acostumbrándoles a oír Misa y rezar el Rosario; el segundo, obligarlos a trabajar, a cultivar la tierra y cuidar el ganado, formando hombres de unos salvajes, hechos a vivir en ocio perpetuo y a buscar su comida por los montes.

La estabilidad de la nueva misión dependía principalmente de obtener buenas cosechas para mantener a los indios en comunidad. En Loreto era muy pequeño el terreno de siembra que se reducía a una huerta con frutales y hortalizas. El Padre Ugarte, pues, que disponía de un terreno mayor, tomó de su cuenta el asegurar el socorro común.

MISIONERO, ALBAÑIL, LABRADOR

Por la mañana, dicha la Misa y repetidas las oraciones de la doctrina, daba el P. Ugarte desayuno de pozole a los indios y luego los conducía a la fábrica de la iglesia, o al desmonte de las tierras para el cultivo, o a hacer presas y zanjas para el riego, o a abrir hoyos para plantar árboles frutales, o a mover la tierra para recibir la semilla.

En la fábrica de la iglesia no sólo era el P. Ugarte maestro y sobrestante de la obra, sino carpintero, albañil y peón de todos



Misión de San Javier

los oficios, que de todos debía llevar el trabajo principal, pues los indios no daban paso si no veían al Padre trabajar más que todos. Así, él era el primero en traer la piedra, pisar el barro, mezclar la arena, cortar, traer y labrar la madera. Del mismo modo sudaba y se afanaba en los demás trabajos, ya con el hacha, cortando la maleza, ya con el azadón, cavando la tierra, ya con la barra, hendiendo peñascos. Conducía al pasto y al agua al ganado, y enseñaba de este modo a los indios todas las labores.

Los indios, que no alcanzaban a ver la utilidad de estos afanes, dieron mil ocasiones de ejercitar la paciencia del misionero. No venían a tiempo, se estaban quietos, se huían, se burlaban y conspiraban. Todo lo sobrellevaba el buen Padre, con paciencia infinita.

Por la tarde conducía el misionero a sus indios a rezar el Rosario y explicarles la doctrina. Al principio recibían con burla cuanto el Padre les decía, hablando entre sí y prorrumpiendo muchas veces en grandes carcajadas. Los sufrió el Padre, luego los riñó y como no se corrigieran, decidió un día hacer una fuerte demostración, para sujetarlos por miedo. Estaba cerca de él un indio que tenía fama de valiente y que se atrevía a descomponerse más que los otros. El Padre Ugarte, que era un atleta, cuando el indio se reía a carcajadas, le tomó de los cabellos y levantándole en el aire, le mimbreó de uno a otro lado así pendiente, por 3 ó 4 veces. Eso bastó para que huyesen todos despavoridos.

Averiguó el Padre después que la causa de las risas eran las faltas que cometía al pronunciar las voces indígenas, y procuró entonces poner más cuidado, tomando por maestros a los niños.

La rudeza brutal de los indios impedía que se lograse prontamente el fruto del trabajo del misionero. Cierta vez les describió con la mayor viveza el fuego y las penas del infierno. Poco después los oyó decir en sus corrillos que el infierno era mejor tierra que la suya, pues no había falta de leña sino mucha lumbre para calentarse, y que así era mejor dejar su tierra e irse allá.

Años adelante logró el Padre Ugarte el fruto de su paciencia, reduciendo a los indios no sólo a saber y entender la doctrina, sino también a una vida civilizada, cristiana y sin desórdenes.

Acostumbró su pereza al trabajo y obtuvo grandes cosechas de trigo, maíz y otras semillas.

Venció imposibles en el riego y cultivo de tierras ásperas y fragorosas. En San Miguel, para llenar un precipicio que cortaba el camino, echó 22,000 cargas de piedra y 18,000 de tierra. De otro precipicio hizo un vergel, trayendo de otra parte 16,000 cargas de tierra, con lo que amansó las primeras mulas que tuvo. Allí aclimató todas las frutas de la Nueva España.

Disfrutó cosechas de vino generoso, que servía al consumo de las Misas en California, y aun sobraba para llevar a Nueva España. Crió caballada y ganado lanar en abundancia, y fue el proveedor general del presidio y de las misiones, que hubieran perecido si no las asiste el Padre Ugarte, hombre de corazón magnánimo y de genio industrioso, a quien ninguna dificultad aterraba, que reducía a la práctica cuanto intentaba, y que a pesar de todos los obstáculos, salía con cuanto quería.

El año de 1707 fue de escasez para toda la Nueva España, por falta de lluvias, que también faltaron en California; pero con todo esto, escribiendo el Padre Ugarte a don José Miranda, le dice: *"Gracias a Dios, ya va para dos meses que comemos aquí con la gente de mar y tierra buen pan de nuestra cosecha de trigo, pereciendo los pobres de la otra banda, así en Sinaloa como en Sonora. ¿Quién lo hubiera soñado? Viva Jesús y la Gran Madre de Gracia, y su Esposo, obtenedor de imposibles".*

Para dar una idea cabal de la industria de este gran civilizador, diremos lo que hizo para proveer de vestidos a sus indios desnudos.

Multiplicados las ovejas y carneros que trajo de la otra costa, quiso que sus indios se aprovechasen de la lana, enseñándoles a disponerla, hilarla y tejerla. Formó y labró él mismo las ruecas,

tornos y telares del mejor modo que pudo, y para perfeccionar los obrajes hizo venir de Tepic un maestro tejedor, llamado Antonio Morán, con sueldo de 500 pesos, el cual estuvo en California varios años, hasta dejar a los indios instruídos en el arte de tejer.

Algo también digno de notar es el hecho de que, además de las tierras comunes, procuró el Padre que los indios tuviesen sus gallinas, cabras, ovejas y sementeras propias, donde cosechaban maíz, calabazas y otros frutos.

Una sequía de cuatro años arruinó su labor de San Xavier y entonces levantó otra muy florida en una barranca, a 3 leguas de allí, que llamó San Pablo, a donde trasladó la cabecera en 1718 (San Xavier Nuevo).

El ejemplo del Padre Ugarte, no sólo en la instrucción de los indios sino en su labor civilizadora, fue seguido por los demás misioneros, que reconocían en él al *Padre de las Misiones.*

NUEVAS MISIONES

El Padre Salvatierra fue nombrado, muy a su pesar, Provincial de la Compañía en Nueva España. Renunció el cargo, y no admitida la renuncia, tuvo que ejercerlo, persuadido de que en el nuevo oficio podría servir más a su amada California.

En agosto de 1705 visitó su misión, acompañado del H. Jaime Bravo, coadjutor, que durante 40 años (14 de procurador del presidio y 25 de sacerdote y misionero) había de prestar grandes servicios a la misión. Al salir de la visita, el Provincial dejó aprobada la fundación de 2 nuevas misiones, una en Mulegé, 40 leguas al Norte, y otra en Ligui, 13 leguas al Sur de Loreto.

De esta última se encargó el joven P. Pedro de Ugarte, digno hermano del P. Juan. Halló a los indios de Ligui bastante mansos, pero enteramente opuestos al trabajo. Muchos meses vivió a la sombra de unos árboles. Para erigir la capilla y su casita tuvo que recurrir a la ayuda de unos niños. A veces apostaba con

ellos quién quitaba más pronto mezquites y arbolillos, y ofrecía premios a quien sacase más tierra.

Hay una escena encantadora en la vida de esta misión, que el Padre Venegas nos pinta así: para formar los adobes, el Padre Pedro Ugarte, haciéndose niño con los niños, los convidaba a jugar con tierra y bailar sobre el lodo. Descalzábase el Padre y entraba a pisarlo; entraban también con él los muchachos: empezaba la danza, saltaban y bailaban sobre el lodo, y el Padre con ellos; cantaban los muchachos y con ellos cantaba el Padre, estando contentísimo, saltando a competencia y batiendo y pisando el lodo por varias partes, hasta el tiempo de la merienda. Así pudo disponer su pobre casa e iglesia.

Aprendió la lengua y enseñó la castellana a los niños. De este modo fue domesticando aquellos bárbaros y los de las rancherías vecinas, a los que buscó por montes, quebradas y cuevas.

Un día fue a asistir a una enferma que se moría y cuando llegó estaba soplando sobre ella un hechicero, al que ahuyentó el Padre, regañando a sus cristianos por haberlo permitido. A pocos días fueron sus indios muy gozosos a participarle que habían buscado y muerto al hechicero. El Padre se mostró muy disgustado con ello por este hecho y los despidió con desdén. Luego supo que los indios, temiendo castigo, se habían propuesto matarlo, pues un muchacho que vivía en su casa no quiso quedarse en ella. *"Padre* —le dijo—, *esta noche te han de matar, y me han dicho que si yo estoy contigo me han de matar también".* Mandó el Padre llamar a los principales y les dijo: *"Ya sé que me queréis matar esta noche, pero mirad: con esta escopeta* (era una vieja e inútil) *os he de matar yo primero a todos vosotros".* Esto bastó a intimidarlos.

Estuvo el Padre Pedro Ugarte en su misión de Ligui, o Malibat, hasta el año de 1709, en que vencido por los rudos trabajos, perdió su salud y fue enviado a convalecer a México. Restablecido, volvió a California, y enfermo por segunda vez, se le trasladó a las misiones del Río Yaqui, desde donde procuró socorros a California.

El Padre Juan Manuel Basaldúa salió de Loreto hacia el Norte el mismo día que Ugarte a la playa de Ligui. Caminó por ásperas tierras a la Bahía de Concepción, y de aquí al pequeño río Mulegé.

Era tan montuoso el terreno, que el Padre Basaldúa tuvo que abrir un camino cortando matorrales, derrocando piedras e hincando barrancos. Salió felizmente a la margen del río, donde estableció su misión, con los mismos trabajos que el P. Pedro Ugarte, pero además tuvo que allanar un camino de 40 leguas hasta el Presidio de Loreto, camino que frecuentemente tenía que reparar.

El misionero, como se ve, no sólo cristianizaba a los indios, sino que fundaba industrias, criaba ganado, desmontaba y sembraba tierras y abría caminos. Era un constructor y un promotor del bien espiritual y temporal de los pueblos.

La misión del Padre Basaldúa se llamó Santa Rosalía de Mulegé. Fabricó casa e iglesia de adobes, cerca del río. Entre el mar y la



Misión de San Ignacio

sierra hay una llanura de 7 leguas, poblada de mezquites, que sirvió para pasto y cría de ganado mayor y menor. Más tarde, cuando se construyó una presa, ese terreno fue sembrado.

Basaldúa enfermó también y tuvieron que mandarlo al otro lado del golfo, donde se encargó de la misión de *San José de Guaymas*, para que desde allí cuidase de socorrer a California. Tomó su lugar el Padre Píccolo, quien hizo muchas y fructuosas entradas en la tierra, amistando gentes y descubriendo parajes donde se fundaron nuevas misiones, como las de *Guadalupe, La Purísima* y *San Ignacio*.

Los Padres se aplicaron con tesón a la enseñanza de los indios, quienes aprendieron el castellano y sirvieron luego de intérpretes. Muchos de ellos trabajaron con fidelidad al lado de los Padres, como *Bernardo Dabava* y *Andrés Comanayi*, que se distinguieron por su devoción, lealtad y trabajo.

EXCURSION FAMOSA

Uno de los encargos que confió el Provincial Salvatierra a sus misioneros de California fue que reconocieran la contra-costa occidental de la península, sobre el Mar del Sur, buscando en ella algún sitio propio para un puerto que sirviera de escala a las naos de Filipinas.

El Padre Juan Ugarte se dispuso a cumplir el encargo. *"Infatigable siempre* —dice Venegas— *en todo estaba, a todo se hacía, todo lo emprendía y todo lo lograba, porque era para todo"*. Ya estaba en el Presidio; ya salía a descubrir nuevos parajes; predicaba, administraba sacramentos, asistía moribundos, trabajaba en las construcciones de las iglesias, o en el campo, desmontando, regando, sembrando; disponía los barcos y, en fin, no descansaba nunca.

Levantó el Padre una escuela para niños, otra para niñas huérfanas y un hospital. Logró desarraigar las supersticiones y atrajo a la fe a los hechiceros más pertinaces. Con razón llamábale Salvatierra *el Apóstol*.

Después de visitar sus misiones, el 26 de noviembre de 1706, emprendió el Padre Ugarte la expedición a la costa occidental, acompañado del hermano Jaime Bravo, del capitán de la nación yaqui y varios indios amigos.

Registraron la costa por algunas leguas al sur y sólo hallaron esteros y algunos indios que vivían de la pesca. Luego caminaron hacia el norte, con grande escasez de agua dulce. Hicieron alto en el cauce de un arroyo seco y siguieron por éste en busca de agua, sin encontrarla. Se extraviaron y en todo el día 7 de diciembre no hallaron agua ni para la gente ni para la caballada. Hallábanse afligidos de casancio y de rabiosa sed, y aquella noche se recogieron en un abrigo, encendieron lumbradas y soltaron las bestias, por si acaso ellas venteaban y descubrían un aguaje. La mañana siguiente, 8 de diciembre, dijo misa el Padre y rogó a la Virgen que en día tan suyo no los dejara perecer. Acabada la misa se cantaron letanías, y antes de acabarlas, gritó un indio yaqui en su lengua: *Agua, agua.* Acudieron al sitio, que el día anterior estaba seco, y hubo agua bastante para saciar toda la tropa y bestias y henchir vasijas para la vuelta.

La expedición volvió a Loreto con la noticia de que había reconocido la costa en 12 leguas, hasta dar en una grande bahía, pero sin hallar agua dulce.

VUELTA DEL P. SALVATIERRA

El Padre Salvatierra obtuvo que lo aliviaran del cargo de Provincial, y volvió a sus misiones de California, en 1707.

Antes de partir, despachó los pedidos de sus misioneros. No se dirigió luego a la península, sino que hizo un viaje de más de 400 leguas por las provincias de Sinaloa y Sonora para recoger nuevos socorros y limosnas. Fue éste un viaje muy penoso. Enfermaron gravemente 5 indios de California que el Padre había llevado en su último viaje a la península. Tuvo que detenerse a curarlos. Finalmente llegaron al puerto de Ahome, donde se embarcaron para Loreto. Apenas salieron del estero, uno de los in-



San José de Comondú

dios, llamado Diego José, enfermó de nuevo y murió en la fe cristiana. Siguió a esto una furiosa tempestad. Pasaron 2 noches y un día sin comer. La borrasca llevó el barco a unos escollos, y "*los californios* —relata el P. Salvatierra— *como pollitos se arrimaron a mí, y no tenía yo mayor confianza que en ellos, por ser hijos nuevos de la gran Madonna, que por ella habían tomado ese peligro*".

Los arrojó la tempestad a la *Isla de San José,* en que plantaron una Cruz. Serenado el mar, pasaron a Baja California, donde fueron recibidos con alegría.

Poco después llegó el Padre Julián de Mayorga, quien habría de servir 30 años en aquellas misiones. Fundó la de *San José de Comondú,* acompañado de los PP. Salvatierra y Ugarte.

Redujo el P. Mayorga la mayor parte de los indios a 2 pue-

blos de visita, *San Ignacio* y *San Juan*. Erigió seminario de niños y escuela de niñas, con maestra y hospital. Dispuso siembras de maíz en San Ignacio y plantó viñas en los otros lugares. San José de Comondú llegó a ser una floreciente cristiandad.

VIAJE A SONORA

Es algo que maravilla el hecho de que la conquista y cristianización de Baja California se haya emprendido y continuado sin más medio de transporte que una pobre lancha, la *San Xavier*, pues otros barcos (el *San José* y el *San Fermín*) se inutilizaron pronto.

Esa barquita iba y venía por las aguas del Mar de Cortés, llevando y trayendo hombres, ganado, alimentos, sufriendo tempestades y varaduras.

La *San Xavier* salió de Loreto en agosto de 1709, con 3 mil pesos, para comprar bastimentos en el puerto de *Yaqui*. Una tempestad alborotó el golfo y arrojó la embarcación a la estéril costa de los *seris*, arriba de Guaymas, varándola en la arena, con muerte de varios de sus tripulantes. Como los *seris* y *tepocas* eran enemigos de los cristianos, enterraron la lancha y bajaron en una canoa hasta el Yaqui. Los seris desenterraron la lancha y la desmantelaron.

Se envió noticia de lo sucedido al P. Salvatierra, en un barco de buceo. El Padre resolvió entonces ir en persona, en el barco *El Rosario*, a rescatar la lancha perdida.

Llegó a Guaymas y decidió internarse por tierras fragosas y de enemigos para tener ocasión de amistar y catequizar a los seris y visitar a los pimas.

Sosegó muchas rancherías de *seris*, "*con aquel aire de respetuosa dulzura, que a la primera vista le hizo siempre seguro dueño de los corazones de todos los bárbaros*". Pasó 2 días de terrible sed, sin agua alguna. Llegó a donde estaba la lancha y halló a los marineros en la mayor miseria, comiendo verdolagas y otras hierbas silvestres. Los bastimentos que el Padre llevaba se acabaron pronto y los socorros pedidos no llegaban. Fue tal el desamparo en que

se vieron, que el Padre escribió una carta teniendo por segura su muerte. Pero con algún maíz ofrecido por los mismos gentiles pudo emprender nuevo viaje por tierra, hasta el puerto de San Juan, donde estaba el barco *El Rosario*.

Luego fue a la ranchería de los indios que habían desenterrado la lancha, que lo esperaron armados. El Padre se adelantó solo hacia ellos y los aquietó.

En reparar la lancha emplearon casi 2 meses, tiempo en el que sufrieron escasez de comida. Supo el Padre Juan María que 30 leguas tierra adentro estaba el Real de Minas de Guadalupe, cuyo capitán era Francisco Valenzuela, que había militado en California, a quien el Padre escribió pidiendo socorro. Contestó el capitán y remitió cuanto pudo, presentándose después él mismo con su gente. Le pagó el Padre bien, "*pero mejor le pagó Dios su caridad porque a pocos días halló una veta de plata que le produjo muchos millones de pesos*".

Util fue la visita del P. Salvatierra a Sonora, pues hizo la paz entre naciones enemigas, reconoció la costa y preparó el campo para nuevas misiones.

EPIDEMIA DE VIRUELA

Apenas estuvo compuesta la lancha volvió el Padre a California. "*No faltaron a Dios nuevos caminos* —dice el P. Venegas— *para acrisolar la paciencia y constancia de sus siervos fieles en aquellos años*".

Una terrible epidemia de viruelas se propagó entre los indios. Murieron casi todos los niños y muchos adultos.

En el Presidio, la gente estaba reducida a alimento de maíz y tasajo. El hambre debilitó la colonia, muchos enfermaron y algunos murieron. Tres veces se halló a las puertas de la muerte el P. Píccolo, dos el P. Salvatierra y una el P. Ugarte, prevenidos ya con los Sacramentos, y asistiéndose unos a otros para la muerte. Los PP. Pedro Ugarte y Basaldúa tuvieron que desamparar la California.

Las epidemias provocaron alzamientos, pues los naturales echaban la culpa de ellas a los Padres. Decían que mataban à los niños con el agua del bautismo, y daba crédito a estos dichos sediciosos la experiencia de las muertes. Se añadió a esto la esterilidad que sufrió la Nueva España el año de 1709, que hizo más difíciles los socorros a California. Para colmo de desgracias, perdió la Misión 2 barcos que había comprado en mucho dinero, de modo que nuevamente quedaron atenidos a la lancha *San Xavier*.

Enterado el virrey del desamparo de las misiones, mandó aplicar a la California la balandra *Nuestra Señora de Guadalupe*, recién decomisada. Era una embarcación vieja y remendada que al tercer viaje tuvo que arrumbarse porque no servía. La lancha *San Xavier* también tuvo algunas quiebras por las tempestades y se gastó en su reparo dinero y tiempo.

CONTINUA EL TRABAJO

A pesar de tantas dificultades y congojas, no aflojaron un punto los Padres misioneros en sus apostólicas tareas.

Redujeron muchas rancherías vagantes a pueblos, donde se juntaban los indios a ser doctrinados. El Padre Ugarte hizo desde *San Xavier* varias entradas al sur, y el P. Píccolo otras al norte. El año de 1712, mal convalecido, visitó varias rancherías costeras que habían solicitado su venida. Fundó entonces la misión de la *Purísima*, donde se congregaron las rancherías comarcanas, cuyos vecinos le rogaron que se quedase con ellos.

Se empeñó el P. Salvatierra en la pacificación de los *guaycuros* y en 1716 visitó el puerto de *La Paz*. Llevó 3 prisioneros *guaycuros*, que sacó del poder de los buzos, para que hablasen a sus parientes de lo bien que eran tratados los indios en Loreto. *"Mas Dios no quería ya de su siervo otro fruto* —dice Venegas— *que acabar de labrar sus heroicas virtudes al cincel de nuevos pesares, dolores y contratiempos, para trasladarle al Cielo"*. La empresa fracasó. Los *guaycuros*, apenas desembarcó la gente del Padre, se pusieron en precipitada fuga. Los indios lauretanos, *"con aquel ímpetu brutal

que los reviste de bravura y fiereza, sólo cuando ven ajena cobardía"*, los persiguieron por entre peñascos y espesuras. No alcanzaron a los hombres, pero sí a las mujeres, a las que maltrataron. Sintió el lance el Padre, mas disimuló. No era oportuno tratar de paces con los fugitivos, ofendidos de nuevo en sus mujeres. Tuvo, pues, que dar la vuelta a Loreto.

GOBIERNO DE LAS MISIONES

Al principio sustentaban los Padres a todos los indios que se juntaban en los pueblos, a cambio de que no vagaran por los montes y pudiesen ser instruídos en la fe. Después de reducidos, sólo mantenían a los gentiles que iban a catequizarse, ya buscados, ya voluntariamente. Dábaseles ración de atole por la mañana y por la noche, y pozole a mediodía. La misma ración recibían semanariamente los indios e indias de las rancherías que iban a la cabecera a ser doctrinados. Los domingos se daba de comer a todos los que asistían a misa.

El misionero vestía a sus parroquianos de sayales, jergas, bayetas, palmillas y telas semejantes, que a cuenta de su consignación hacía traer de México.

A los aptos para el trabajo, en los lugares donde había sementeras, se les industriaba por los Padres en la labor y riego de la tierra, cuyo producto era sólo para ellos —los indios. Sólo el vino se les prohibía, por no exponerlos a la embriaguez.

De los enfermos se encargaban completamente los Padres, quienes les proporcionaban alimentos y medicinas. De modo que un misionero no sólo debía ejercer los cargos de Padre de almas, sino también todos los de padre de familia, los de maestro de oficios mecánicos, labrador, cocinero, enfermero y cirujano; y esto sin la menor utilidad, interés o recompensa, gastando en ello su propio sustento, quitando el bocado de la boca para dárselo a sus cristianos.

El gobierno civil de los indios, introducido por el Padre Salvatierra en Loreto, y a su ejemplo en las demás misiones, se reducía a un soldado con escolta, que participaba de la jurisdicción del capitán del presidio. Cuando ya el misionero tenía reducidas algunas rancherías, nombraba entre los indios al que mejor le parecía por gobernador del pueblo. Otro era fiscal de la Iglesia, y en cada rancho se nombraba al más instruído y quieto por maestro de doctrina.

El gobernador mantenía la paz y el buen orden. El fiscal de la iglesia cuidaba de tenerla aseada y arreglada.

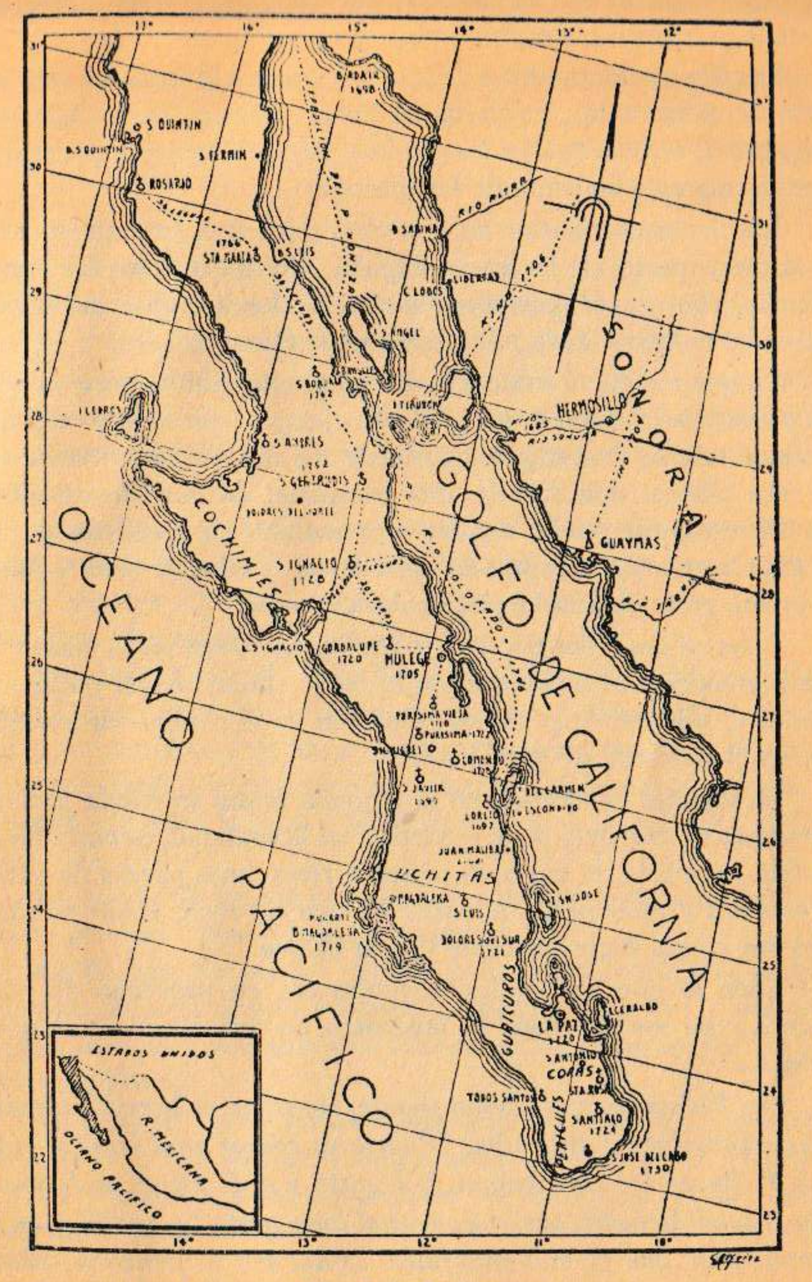
El primer cuidado de los misioneros era el de los niños, porque de su educación dependía todo. Algunos de todas las misiones se criaban en Loreto, donde había escuela de leer y escribir y de canto eclesiástico, con maestros traídos de la otra banda. Aprendían los niños el castellano y después servían de fiscales en las iglesias y de maestros de doctrina en sus rancherías, donde eran muy respetados.

Al capitán del presidio se le hizo juez y justicia mayor de toda la tierra de California, no sólo en lo militar, sino en lo político y civil. No se admitían de soldados a hombres forajidos, ni a desterrados por sentencia, pues no quiso nunca el Padre que fuese gente de mala conducta.

ADMINISTRACION DE LAS MISIONES

Todas las misiones de California, desde 1697 hasta 1768, no fueron mantenidas por el rey, sino por los particulares.

El dinero se juntó a fuerza de limosnas por el P. Salvatierra y sus compañeros, y provino muchas veces de donaciones de personas generosas, como el Marqués de Villa Puente, *"cuyos cofres siempre estaban abiertos para las misiones de California y China"*, y don Gil de la Sierpe, *"a quien el P. Salvatierra vio en California ser introducido al cielo a la hora de su muerte en México, por cincuenta niños bien vestidos"*, según cuenta el P. Baegert. El P.



Mapa de California

Salvatierra confió este suceso a los que estaban cerca de él en California, y pronto se confirmó que era cierto.

Los bienes destinados a las misiones de California, en una especie de fideicomiso, formaron el *Fondo Piadoso de las Californias,* que al ser expulsados los jesuítas, cayó en manos rapaces que lo malversaron, con ruina de las misiones.

Las haciendas destinadas a la obra misionera estaban situadas en distintas partes de la Nueva España. Un mayordomo las administraba, con graves responsabilidades. Todos los años, en marzo, tenía que remitir a cada misionero lo que éste pedía.

Lo que recibía el misionero era lo que necesitaba para su persona y su iglesia durante un año, por ejemplo: un hábito, algunas varas de tela de lino, algunos pares de zapatos, veinte o más libras de cera blanca, una casulla, una campana, un cuadro, un altar, etc. El resto, que por lo regular representaba las 3 cuartas partes de toda la remesa, consistía en paño burdo y telas de colores blanco y azul, para vestir a los californios desnudos.

De estos desnudos que había que vestir, vivían en la misión "y casi pertenecían al inventario de la casa", tantos como podía alimentar el misionero, quien los empleaba en el campo, en los telares, en el pastoreo de ganado, etc.

En los días de fiesta y en la Semana Santa se reunía toda la comunidad y entonces se le repartía con liberalidad, además de la comida ordinaria, la carne de algunas reses, unas cargas de maíz, higos secos y uvas pasas, además de algo de ropa, como premios para sus juegos o concursos de tiro al blanco.

Todo lo que hacían los naturales era en provecho de ellos mismos y de sus paisanos. El misionero no recibía sino trabajo y molestias.

Los Padres apenas tenían tiempo de rezar el breviario. Estaban continuamente atareados. *"Podría yo contar aquí mucho* —dice el P. Baegert— *de cómo el P. Ugarte y el P. Druet trabajaron bajo el terrible calor, con el agua y el lodo hasta las rodillas, en el campo, peor que el más miserable campesino o jornalero, cómo otros hicieron las veces de sastre, carpintero o ebanista, para sus iglesias o casas, cómo practicaron el oficio de albañil, talabartero, médico, tabiquero, maestro de escuela y de orquesta, mayordomo, tutor, enfermero, zalero y otros muchos"* [7].

DE LAS IGLESIAS

Sobre el hosco paisaje de California se alzó, poco a poco, la graciosa o severa arquitectura de las iglesias, construidas por los mismos Padres, iglesias que subsisten, a pesar de la barbarie, y que son el símbolo y el testimonio de la obra civilizadora del misionero.

Tan pobremente como estaban amuebladas y equipadas las habitaciones del Padre, así de ricas y bien provistas eran sus iglesias y sacristías.

El mobiliario del misionero se reducía a dos o tres sillones sin tapizar, una cama dura o un cuero de res en el suelo, una sartén de cobre, algunas ollas y cacerolas, un pequeño asador, un crucifijo, unos libros. En cambio, las iglesias eran ricas.

Se levantaban todo lo fuerte y hermosas que parecía posible. La cal se conseguía muchas veces en sitios lejanos de la misión. Las piedras rodadas de los arroyos se tallaban, por falta de otras, para la cantería de las esquinas, puertas y ventanas. Las vigas se llevaban del otro lado del Mar de Cortés, y se tallaban primorosamente.

La iglesia de Loreto era amplia, pero sólo consistía de cuatro muros, con techo plano de vigas de cedro.

La de San Xavier fue construida en cruz, tiene tres puertas muy vistosas, tres altares totalmente dorados, una torre alta, una cúpula graciosa y ventanas que ostentaron los primeros vidrios vistos en California.

En ninguna iglesia había menos de tres campanas, y en varias hasta nueve, "que no hacen mala música cuando se tira de ellas".

En muchas iglesias podía oírse un canto harto agradable: hermosas letanías lauretanas, misas, etc. Este arte fue introducido

---

[7] Baegert, Juan Jacobo, *op. cit.* 166.

en California por los PP. Xavier Bischoff y Pedro Nancimbén, quienes lo enseñaron a los naturales con incomparables esfuerzos y paciencia.

El papel de arquitecto lo desempeñaba el misionero mismo, un carpintero o un soldado. En algunos casos iba un maestro al que se le pagaba su sueldo.

Algunos criticaron a los Padres que gastaran dinero para el esplendor de las iglesias. Baegert contestó la objeción citando el Salmo 25: *"He amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gloria"*, y agregando: *"Dejemos a los luteranos y calvinistas sus altares austeros, sus cuatro muros desnudos y sus graneros vacíos, y adornemos nuestras iglesias de la mejor manera posible, como verdaderas casas y habitaciones de Dios"*.

AGRICULTURA Y GANADERIA

Los primeros misioneros, que se alimentaron de los granos y carnes que llevaron de Sonora y Sinaloa, vieron la necesidad de implantar la agricultura y la ganadería en California, para poder mantenerse a sí mismos y a los soldados, marineros y catecúmenos.

Por tal motivo, apenas fue posible, introdujeron en todas las misiones la agricultura y la ganadería, a pesar de que el suelo era duro, pedregoso y seco. Siempre se fundaba la misión en un sitio donde hubiese agua para regar una pequeña siembra o huerta.

En ocasiones el agua se llevaba por canales construidos de piedra y mezcla o tallados en la roca viva. Otras, los pequeños chorros de agua se juntaban de seis o doce lugares en un depósito común.

Llegaron a taparse pantanos con miles de cargas de tierra, y hubo vez en que fue necesario remover un cerro de piedras para disponer el terreno a la siembra. Casi siempre resultó indispensable rodear el agua y la tierra con muros, o levantar presas para evitar que se escurriese la poca agua, o que la tierra fuese arrastrada por los torrentes de los arroyos.

No se dejó nunca baldío o sin cultivar ningún pedazo de tierra aprovechable. El maíz, en algunas misiones, llegó a sembrarse 2 veces al año, pero la cosecha no fue siempre suficiente para alimentar a todos los que pertenecían a la misión.

Los misioneros introdujeron en California el cultivo del trigo, del frijol y del garbanzo. También sembraron calabazas, melones y sandías, y en 3 misiones, algo de arroz. Se cultivaba toda clase de hortalizas y de árboles frutales, como higueras, naranjos, limoneros, granados y olivos. En 2 misiones hubo siembras de caña de azúcar y en varias de algodón.

El vino para consagrar no era necesario comprarlo en otra parte, porque las viñas de los misioneros eran espléndidas, y "las uvas dulces como la miel".

La otra industria a la que los Padres dedicaron su atención fue la cría de ganado. Desde los primeros años llevaron a California caballos y burros, vacas y bueyes, cabras y ovejas.

Del ganado sacaban los misioneros sebo para velas, jabón y uso de barcos y canoas. Cuando se mataba una res gorda, la manteca derretida se guardaba en cueros sin curtir o en vejigas. Las pieles se curtían para zapatos, sillas de montar, etc.

En California no se podía vivir sin caballos ni mulas, que utilizaban los Padres para sus viajes y para el transporte de toda clase de efectos.

El que crea —dice el P. Baegert— que los misioneros obtenían de la agricultura y la ganadería (y del trabajo de los indios, según algunos) la recompensa a su trabajo, está muy equivocado. Los misioneros emprendían estas actividades, primero, para asegurar la vida de la misión; y luego, para atraerse el corazón de los naturales y alejarlos de la vagancia.

"No comprendo qué bajas intenciones temporales hubieran podido esconder los misioneros —dice el citado autor, que fue misionero—, *ni qué clase de ventajas egoístas hubieran podido sacar de esas actividades. Abandonar para siempre patria, padres y hermanos, amigos o conocidos y renunciar a una vida libre de toda preocupación; meterse voluntariamente en mil peligros de*

muerte por tierra y por mar y estar a sus anchas o ayudar a enriquecerse a otros, en el Nuevo Mundo, entre un pueblo salvaje e inhumano, en medio de asquerosas sabandijas y bestias peligrosas, — juzgar así y decir o escribir todo esto... no es más que una infame estupidez..."[8]

La conclusión que se saca de la verdadera historia de las misiones es ésta: sólo movía a los misioneros el amor "a los pequeños hermanos de Cristo", los indios; es decir, a Cristo mismo, que dijo: "Lo que hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis". (Mat., XXV, 40).

[8] *Ib.,* 183.

Capítulo IV

MUERE EL V. P. SALVATIERRA

EL SANTO ANCIANO SALVATIERRA, cargado de achaques, no dejaba sus ordinarias faenas, sino el día en que no podía estar en pie, y aun entonces velaba sobre todo desde su pobre camilla.

En marzo de 1717 —tenía entonces el Padre 71 años de edad y casi 20 de misionar en California— llegó a Loreto el P. Nicolás Tamaral, destinado a la Misión de la Purísima, con cartas del Provincial en que ordenaba a Salvatierra que pasara a México a tratar con el nuevo virrey los asuntos de California.

Achaques, males, dolores, años, cuidados, estrecheces y peligros, no fueron parte para que el benemérito fundador de las misiones de la Península dejase de embarcarse, lo que hizo el 31 del mismo mes, con el H. Jaime Bravo, quien se empeñó en ir con él. El P. Ugarte se quedó al cuidado de las misiones.

En 9 días atravesaron el golfo con bonanza, pero en el camino por tierra hacia Tepic se agravó tanto el venerable Padre de su antiguo mal de piedra, que no pudo cabalgar y fue llevado en camilla hasta Guadalajara, con gran fatiga del paciente.

Dos meses estuvo el Padre sufriendo un martirio continuado, en lugar del que siempre deseó a manos de gentiles. Conoció que su hora había llegado, y llamando al Hermano Jaime, le dio poderes e instrucciones para tratar en México los negocios de la Misión. Le dijo que moría contento ante la *Madona de Loreto;* que asegurase a los Padres misioneros que él, con su escuadrón de parvulitos californios, que estaban en el cielo, obligaría a la *Madona*

a tender su manto sobre los vivos en California y en México; que fiasen en Dios, y en nadie más; que esperaba que los Padres antes se dejarían morir que desamparar a sus hijos; y finalmente que pidiese perdón a todos los de California, en su nombre, de su mal ejemplo; y que de éste y de las molestias causadas, le perdonase él también.

Lloraba el Hermano sin consuelo al oír y ver la profunda humildad, caridad, fe y esperanza de aquel hombre apostólico. La ciudad se conmovió al saber el peligro de muerte en que se hallaba el Padre Juan María. Llenaba de ternura ver el sufrimiento de los inditos californios que el Padre había llevado consigo. Se hicieron oraciones y votos por la vida de hombre tan bueno; pero "*Su Majestad quiso darle el premio merecido de tan bien empleados trabajos, y murió plácidamente, cercado de los llorosos jesuítas, el sábado 17 de julio de 1717*". Asistió a su entierro toda la ciudad. Los huesos del Padre descansaron en la Capilla de Loreto, que él mismo había edificado.

Así se extinguió la vida de este *ensanchador de México*, de este glorioso fraile civilizador, Padre de Baja California, la península que unió a México después de conquistarla sin armas, en nombre de Cristo.

Seguramente hay en los pueblos y ciudades de Baja California, calles y monumentos dedicados a la memoria de Juárez, Carranza u Obregón, y quizá no exista ninguna oficial recordación del nombre del P. Salvatierra. Este no la necesita, por otra parte. El monumento de su gloria es su obra misma, imperecedera.

CONTINUA LA OBRA

El Hermano Jaime presentó al virrey las peticiones del Padre Salvatierra, que se reducían a que pagara el rey la fundación de un seminario para indios en Loreto, que se estableciera un presidio de 50 hombres en La Paz o en San Lucas para acoger la nao de Filipinas e imponer respeto a los *pericúes*, que se comprara un barco para la misión y se le donara la salina de la isla del

Carmen. Sólo consiguió el pago [illegible] dados y 4,000 para comprar un barco peruano que, como los otros, se perdió al año siguiente.

Al morir, el P. Salvatierra recomendó al H. Jaime que no dejara de ver en México y de llevar a California a un joven catedrático de Bellas Artes, originario de Oaxaca, llamado Sebastián Sistiaga. Cumplió el Hermano la recomendación, y el P. Sistiaga fue a California a principios de 1718 y trabajó con grande fruto por cerca de 30 años.

Había llegado antes el P. Nicolás Tamaral, sevillano, destinado a regar con su sangre aquella sementera evangélica. Entonces se dio impulso a las misiones antiguas y se tomaron disposiciones para fundar otras.

El P. Pedro Ugarte fue nombrado Superior de la California y quedó a su cargo la misión de San Xavier; el P. Píccolo vino a cuidar la de Loreto y la de Londó; el recién llegado, la de Mulegé; el P. Guillén prosiguió en Ligui y el P. Mayorga en Comondú.

UNA CATASTROFE

En el otoño de 1717 sobrevinieron a la California y su golfo tan terribles y espantosos huracanes por espacio de 3 días, acompañados de aguaceros tan copiosos, que arrebatando y destrozando cuanto encontraban, derribaron la primera iglesia y casa del P. Ugarte, quien salvó la vida al abrigo de un peñasco, donde se mantuvo expuesto al agua 24 horas; cegaron la zanja y rompieron la presa de San Xavier, y arrastraron la tierra cultivada allí.

El mismo rigor sufrieron algunas embarcaciones de buscadores de perlas que estaban sobre la costa de California; se perdieron 2 de unos vecinos de Compostela y se salvaron 2 balandras que condujeron a los náufragos a Loreto, donde el Padre Ugarte los recibió y alivió.

Por este tiempo, el P. Tamaral fundó la misión de la *Purísima Concepción*, cuyo término era de más de 30 leguas de fragosa y quebrada serranía, poblada de más de 40 ranchos. El Pa-

dre civilizó, instruyó y redujo 33 de ellos y bautizó casi 2,000 almas, formando una de las misiones más numerosas y más bien gobernadas.

El misionero halló la tierra barrida por los huracanes y los aguaceros, y sin embargo sembró maíz en varios parajes. Tuvo que abrir caminos a punta de barreta a través de la sierra, y con mil trabajos convirtió una alzada región en país comunicado y floreciente.

EL P. UGARTE CONSTRUYE UN BARCO

El Padre Ugarte se resolvió a la ejecución de empresas que sólo él podía llevar a cabo. Propúsose registrar por una y otra banda el Golfo de California, reconocer la contra-costa del Mar del Sur, en busca del ansiado puerto de las naves de Filipinas, y al efecto preparó una expedición.

Ante todas cosas era necesaria una embarcación grande, fuerte y segura. Esta ni la tenía la misión ni la había en todos aquellos mares. La veterana lancha *San Xavier* no era a propósito, ni tampoco el barco cedido por el virrey. Quedaba por único recurso armar un barco en la misma California, donde no había maderas, ni clavos, ni jarcias, ni brea, ni otros materiales para la fábrica. Tampoco había maestro, ni los oficiales necesarios para la construcción, ni instrumentos para ella.

Imposible, pues, parecía hacer un barco en California. Pero el P. Ugarte no conocía la palabra imposible. Ideó la empresa, la intentó y salió con ella.

Trajo constructor y oficiales a Loreto, con ánimo de hacer conducir maderas del otro lado del golfo, como había conducido las vigas para su iglesia, pues en todo lo reconocido hasta entonces en California no las había.

Oyó el padre decir a los indios que a 70 leguas al norte de Loreto había árboles grandes, y apenas lo supo pasó con el maestro, 2 soldados y algunos indios a Mulegé, en septiembre de 1719; de allí penetró la fragosidad de las sierras, y con mil dificultades, halló

al fin, a 30 leguas de Mulegé, una gran porción de árboles corpulentos, mas entre tales honduras y barrancos que el maestro dijo que era imposible sacarlos de allí y llevarlos a la playa.

El padre replicó que eso quedaba a su cuidado. Volvieron a Loreto, donde la gente se había quedado burlando del intento del misionero. Este volvió poco después a la sierra, se alojó por 4 meses en unas chozas y, bajo su dirección, se cortaron y desbastaron las maderas, se abrió el camino de 30 leguas y se condujeron a las playas de Santa Rosalía Mulegé, con los bueyes y mulas de la misión. Al mismo tiempo que dirigía las operaciones del corte y labrado de maderas, el Padre Ugarte catequizó a los indios que vivían en aquella sierra y los dispuso para fundar entre ellos otra misión.

"Al fin se labró con asistencia del Padre —dice Venegas—, *una balandra, la más hermosa, grande, fuerte y arreglada que, a juicio de americanos y filipinos, se había visto en aquellas costas, y en tan corto tiempo, que el mismo Padre la bendijo el 16 de julio, día del* Triunfo de la Cruz, *cuyo nombre le puso, y se botó al agua el día de la exaltación de la Cruz, 14 de septiembre".*

Gastó en la construcción todo el sobrante de frutos y caudales de la misión, sin faltar nada a sus indios. Costó la balandra menos de lo que hubiera costado en la Nueva España.

En todas las escuelas mexicanas debería hablarse a los niños durante las clases de historia, de esa balandra que construyó el Padre Ugarte en California, para que aprendieran de su ejemplo lo que puede un carácter tenaz.

La balandra sirvió a la misión en 120 travesías, durante 25 años.

LA MISIÓN DE LA PAZ

El mismo año de 1720 fue señalado con la fundación de 2 nuevas misiones. La primera y más peligrosa fue la deseada en la bahía de *La Paz,* 80 leguas al sur de Loreto, entre los *guaycuros.* No es éste el nombre propio de nación, pues los pobladores de

aquellas comarcas eran los *pericú* o *pericúes*. (El nombre de *guaycuros* se lo dieron los soldados que al desembarcar oyéronles gritar: *guaxoro, guaxoro,* que significa amigo).

Desde la entrada del almirante Atondo, 40 años antes, estaban estos indios recelosos de los españoles. Esto movió al P. Salvatierra a visitarlos, con el mal suceso que vimos, porque como el Padre decía, esta empresa estaba reservada para *el Apóstol*, esto es, para el Padre Ugarte, quien organizó 2 entradas, una por mar y otra por tierra, ésta para abrir camino desde Loreto.

La entrada por tierra se encomendó al P. Guillén, y de la marítima se encargó el P. Ugarte, quien quiso estrenar su balandra califórnica con este viaje.

El H. Jaime Bravo, que había ido a buscar víveres a Sinaloa, halló carta en que el Provincial le mandaba que fuese a Guadalajara a ordenarse sacerdote. Hízolo así y pasando a México, consiguió del virrey otro barco para la misión, un barco *perulero* o del Perú. El marqués de Villa-Puente dio una finca para la fundación de la nueva misión de *La Paz,* pidiendo que el P. Bravo fuese su fundador. A Bravo lo suplió en su cargo de procurador el alférez del presidio, Juan Mugazábal, que fue muy útil a los misioneros.

Llegado a California, embarcóse el P. Bravo con el *Apóstol* en la nueva balandra. El día de Todos Santos de 1721 arribaron a *La Paz.* Pronto se vio que no había tanto que recelar. Los guaycuros, luego que vieron a los Padres, se adelantaron hacia ellos y se sentaron en señal de paz. Los Padres les hicieron caricias y les dieron cuchillos, velduques, navajas y otros utensilios. Poco a poco vinieron los de las rancherías cercanas, los que se habían informado ya de que los Padres no eran como los buzos, ni hacían mal, sino bien a todos.

Con esto, y con la gracia singular del P. Ugarte para hacerse respetar y amar de los bárbaros, se levantaron chozas de enramada y casas pajizas; se limpió el sitio para la iglesia y pueblo; se sacaron de la balandra las provisiones y animales y se empezó a poner en orden, con gran gusto de los guaycuros, la nueva misión.

La excursión por tierra tuvo que atravesar montes, [illegible] y espesuras. A los 26 días llegó a La Paz, donde el P. Ugarte la recibió con gusto.

Tres meses se detuvo el Superior en la nueva misión. El P. Bravo se quedó con algunos soldados. Aprendió la lengua de los nativos y los civilizó, instruyó y catequizó, hasta el año de 1728 en que pasó a Loreto. Fundó 3 pueblos, hizo reconocimientos tierra adentro, amistó gentes enemigas, plantó maíz.

Otra misión fundada por este tiempo fue la de *Guadalupe Guasinapi*. Cuando el P. Ugarte estuvo en la sierra cortando madera para la balandra, pensó establecer allí una misión. Volvió el Padre a este fin, acompañado del P. Everardo Helen, nuevo misionero. Acudieron los indios y ayudaron a levantar casa e iglesia.

Los años 22 y 23 fueron muy trabajosos para la California, que invadió una plaga de langosta "que como nubes espesas cubrían el sol por donde pasaban". Destruyeron las pitahayas y frutas silvestres de que se sustentaban en gran parte los nativos. A no haber sido por el maíz de las misiones, hubieran muerto muchos de hambre. Muchos indios pegaban fuego a los gramadales secos, recogían en montones la langosta y la comían. De esto resultó una epidemia de "úlceras ponzoñosas" que quitó la vida a gran número de indios.

El Padre Helen asistió en este conflicto a sus hijos. Visitaba todas las rancherías de aquella áspera sierra, haciendo oficios de médico, enfermero, cura, socorredor y Padre de todos.

Apenas se había desterrado la epidemia, sobrevino otra de disentería. El Padre se afanó tanto que contrajo una hernia peligrosa y "una fuerte fluxión de ojos" que lo obligó a retirarse a Loreto. Mal convalecido volvió a su misión, donde fue recibido como ángel por sus afligidos indios.

El fruto de la misión de Guadalupe fue espléndido, pues no quedó gentil alguno en todo el distrito. Los nuevos cristianos fueron de los más bien instruídos. El Padre Helen tuvo que rendirse a tantos afanes. Se le agravó su enfermedad, y sólo deseaba mo-

rir entre sus indios. Después de 15 años de gloriosos trabajos le mandaron los Superiores retirarse a la Nueva España.

RECONOCIMIENTO DE LA BAHIA DE LA MAGDALENA

Para hallar el puerto de Magdalena, señalado por Sebastián Vizcaíno para resguardo de la nao de Filipinas, hizo el P. Guillén un penoso viaje de 25 días a la contra-costa, pero no halló agua potable, ni pasto, ni leña, ni tierra de cultivo.

En 1721 salió en la balandra y 2 esquifes el P. Ugarte a recorrer la extremidad norte del Golfo de California. Hizo escala en Guaymas, donde enfermó, *"hallándose atormentado de tan vehementes dolores de cintura abajo, que ni en pie, ni sentado, podía estar sin grave tormento"*. Aprovechó los días de su enfermedad en atender a sus queridos seris. Un poco aliviado, siguió su viaje hasta el puerto de Santa Sabina, luego pasó a la costa de California, hasta la desembocadura del río Colorado. Volvió, después de graves peligros y 4 meses de navegación, a Loreto.

El P. Guillén fundó por este tiempo la misión de Ntra. Sra. de los Dolores, 60 leguas al norte de La Paz.

Quisiéramos extendernos en el relato de la fundación de todas las misiones, pues cada fundación encierra hechos estupendos. Pero el espacio se nos agota. Nos limitaremos, pues, a decir que se fundaron, en 1721, y en la parte más meridional de la península, la de Santiago de los Coras, y la de San Ignacio Kadakaamán (1728), en el Norte. Los fundadores fueron los PP. Ignacio Nápoli y Juan Luyando, éste de noble familia mexicana.

El P. Luyando plantó luego 10 fanegas de trigo que produjeron una riquísima mies. Una viña de 500 parras dio también mucho fruto. Sembró sucesivamente el P. Luyando higueras, ganado, olivos y caña para hacer panocha. El trigo y el maíz llegaron a dar mil fanegas.

Mientras jóvenes misioneros continuaban la obra con muy buen resultado en el Norte y con grandes dificultades en el Sur, fallecieron los dos venerables ancianos a quienes se debía en gran parte el florecimiento de aquella cristiandad.

El primero fue el Padre Francisco María Píccolo, que lleno de días y de merecimientos, dio fin a su apostolado en el Presidio Real de Loreto, el 22 de febrero de 1729, a los 79 años de edad y 32 de su entrada en la California.

Este gran misionero, cofundador, con el P. Salvatierra, de la cristiandad en la península, trabajó sin descanso desde el día en que pisó tierra de California hasta su muerte. Es la suya una de las figuras gloriosas en la Historia de México, aunque su nombre ni siquiera sea mencionado en los textos oficiales.

Al año siguiente, o sea en 1730, el 29 de septiembre, murió en paz en el pueblo de San Pablo, perteneciente a la misión de San Xavier, el Padre Juan Ugarte, a los 70 años de edad y 30 de misionero en California.

Fue Ugarte el *Apóstol de California*, el atlante de la Misión, que cien veces se hubiera deshecho a no haberla sostenido a costa de imponderables afanes, con aquel singular talento que Dios le dio para todo.

Su pobreza personal era extrema. Cuando tenía visitas de sus hermanos, los regalaba con carne y productos de su huerta, pero solían decir que era necesario llevar cucharas y platos, pues él no tenía duplicados.

Se contentaba con el alimento de sus indios, y eso a la hora que se lo traían sus niños.

Su asma no le dejaba descansar de día ni de noche. Diez años tuvo llagadas las piernas, sin que pudiera soportar medias ni calzas, y nunca dejó de trabajar.

Dos veces estuvo de muerte, sin compañía alguna; en la tercera lograron sus compañeros acudirle con todos los auxilios.

En una de las últimas visitas que se hicieron los PP. Salva-

tierra y Ugarte se encontraron tan flacos y desfigurados que luego se separaron cada uno a su lugar. Ésta fue la jubilación que prefirieron en la tierra.

Al evocar la inmensa figura de este otro maravilloso *ensanchador* de la Patria, pensamos en la grandeza moral que encierran las páginas de nuestra historia, de esa historia que el pueblo mexicano desconoce porque se la han ocultado.

Y pensamos que México es una nación hecha por santos. Sus destructores han querido y quieren que se la lleve el diablo, pero esos santos han de volverla a su antiguo destino, y han de salvarla. Dios lo quiera.

NUEVAS MISIONES

La falta de los antiguos misioneros fue suplida por los que llegaron y en especial el oaxaqueño Sebastián Sistiaga que, ya como visitador y superior, ya como misionero por 29 años en las misiones de Mulegé y San Ignacio, fue en los revueltos tiempos que vendrían la edificación y ejemplo de la California entera.

Las naciones del sur mostraban cada día más su genio bullicioso, vario, desarreglado y traidor. Aunque los Padres Guillén en *Dolores,* Bravo en *La Paz,* Nápoli y Carranco en *Santiago,* y luego los sucesores de éstos, habían domado la barbarie de *uchities, guaycuros* y *coras,* quedaban aún en estas naciones y otras vecinas muchos gentiles que insultaban a los cristianos, y entre éstos había muchos que se hastiaban de la vida racional a que se les reducía, y fácilmente mostraban descontento, fomentando sediciones y revolviendo los humores de los que estaban quietos en la fe recibida.

El temor de alzamientos obligó, pues, a apresurar la fundación de otras misiones entre los *pericúes,* que asegurasen la reducción de la península hasta el *Cabo de San Lucas,* verdadero *finis terrae*.

El Marqués de Villa-Puente y su prima doña Rosa de la Pe-

ña, ofrecieron dotar una en el cabo y otra en la ensenada de las *Palmas*.

El P. José de Echeverría, nombrado visitador de las misiones, desembarcó en Loreto a fines de octubre de 1729, con el ánimo de plantar las nuevas cristiandades.

Pedía la misión que se iba a fundar en la punta de la península, o sea en el *Cabo de San Lucas,* un hombre de virtud consumada y hecho al trato con los indios. Tal era el Padre Nicolás Tamaral, con quien se embarcó el Visitador en la balandra el *Triunfo de la Santa Cruz*. Con buen viento, en 9 días llegaron a la bahía de *La Paz,* de donde continuaron a *Santiago de los Coras,* misión a cargo del futuro mártir P. Lorenzo Carranco, quien había sucedido al P. Nápoli, y finalmente al Cabo de San Lucas. Aquí escogieron para sitio de la misión "una abra espaciosa que hacen los cerros, toda frondosa y verde, donde hallaron dos pequeños arroyos que entran unidos al mar". Dispusieron brevemente capilla y casa pajiza, formadas de caña verde y carrizo abundante en toda la playa y techadas con palmas secas.

Esperaban los Padres encontrar mucha gente que los saliese a recibir, pero sólo muy pocos fueron apareciendo a la deshilada, y en 3 semanas apenas acudieron 20 familias, con las que comenzó luego la tarea de instrucción.

Ido el Visitador, quedó solo el P. Tamaral, con 2 soldados, y entonces empezaron a acudir los indios en gran número. Reconoció el Padre la tierra en busca de gentiles y de sitio más cómodo para establecer la cabecera de la misión, porque el escogido estaba infestado de mosquitos, era caluroso en extremo y poco descubierto a los aires. Se cambió pronto tierra adentro, a 5 leguas del mar. Aquí se congregó tanta gente que en el primer año se fundó otro pueblecito y fueron bautizados 1,036 naturales.

Un buen ejemplo de la generosidad de los misioneros y de la rapidez con que se propagaban sus ganados, es el siguiente:

En 1734 arribó al puerto de San Lucas el galeón de Filipinas, al mando del general Jerónimo Montero. Quedábale agua para 24 horas y la marinería se hallaba gravemente enferma de

escorbuto, así como el agustino Domingo Horbegoso, que viajaba en el barco.

Sabían que andaban cerca de las reducciones, y apenas fondeados, disparó la nave un pedrero de aviso; en cuanto lo oyó el P. Tamaral, fue en socorro de los necesitados.

Sabido es que el escorbuto —o *loanda,* como le llamaban entonces— es una avitaminosis, por carencia de la vitamina C o ácido ascórbico. Su remedio, como dice el P. Venegas en su crónica de California, era "saltar a tierra, comer pitahayas, frutas agrias y carne fresca, que solían dar los indios a trueque de otras cosas".

Pues bien, el P. Tamaral acudió en auxilio de los náufragos con frutas agrias y carne fresca. La misión se había fundado 4 años antes, estaba por tanto en los comienzos; sin embargo halló la caridad del Padre 80 reses, 100 carneros, gallinas, legumbres, aguardiente: todo en 24 horas. Cuando, a los 6 días, zarpó el galeón, la gente iba mejorada y bien provistas sus bodegas. Quedóse el P. Tamaral con los enfermos, cuidó de su salud con caridad fraterna y, convalecidos, los envió en un barco a Matanchel.

No quiso recibir el Padre ninguna recompensa.

MISION DE SANTA ROSA DE LAS PALMAS

La misión de Santa Rosa no pudo emprenderse tan pronto como se deseaba porque el P. Segismundo Taraval, destinado a ella, fue ocupado en otras misiones.

Esta misión de Santa Rosa, en el extremo sur de la península, no lejos de San José del Cabo, vino a establecerse en 1733.

El Padre Segismundo Taraval, su fundador, fue un eminente hombre de letras, erudito en materias teológicas y canónicas. A su cuidado y diligencia se deben casi todas las noticias de la Baja California, que coleccionó y publicó el Padre Venegas, y de las que nos hemos servido en este pobre relato.

La misión de Santa Rosa floreció en breve tiempo, como su vecina de San José del Cabo.

Prosiguieron los Padres sus trabajos apostólicos con los indios del Sur: el P. Tamaral en San José, Carranco en Santiago, Taraval en Santa Rosa, Guillén en Dolores y Gordon en La Paz.

Los indios cristianos y catecúmenos estaban quietos al parecer; de los gentiles no había señas algunas por qué temer; mas a la verdad, bajo la ceniza de esta quietud aparente, se iba fermentando el fuego de una rebelión general, que reventó finalmente en el otoño de 1734, con estrago total de 4 misiones y con riesgo inminente de perderse todas las de California.

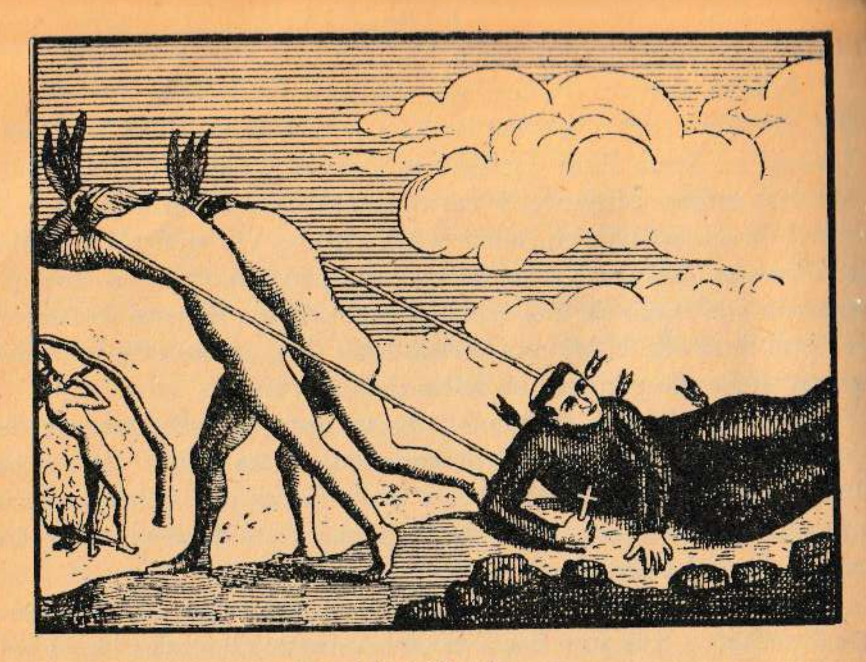
No hubo motivo particular alguno que pudiese ser causa de esta rebelión. El origen del descontento de los indios contra los Padres no fue otro que el horror a la nueva ley y doctrina, que los privaba de la muchedumbre de mujeres y los obligaba a vivir sin aquella brutal libertad.

Tuvo principio esta tempestad en las rancherías que yacen entre Santiago y San José hacia la costa sur, soliviantados los indios por unos mulatos y mestizos dejados allí por piratas o navegantes extranjeros. De aquí se fue extendiendo la conjuración con notable secreto y disimulo a varias rancherías de las 5 misiones del sur, engrosándose el partido de los rebeldes por todas partes, sin conocerlo los misioneros.

Cuando ya tuvieron número bastante, trataron de poner en práctica sus designios, que no eran otros que sacudir el yugo de los misioneros, matándolos a todos.

MARTIRIO DEL P. CARRANCO

Avisado a tiempo el P. Tamaral acudió a Santiago para procurar con el P. Carranco sofocar el levantamiento en sus principios. De allí mandó llamar a sus neófitos armados para acompañarle a San José. Esta demostración puso temor a los alzados, que huyeron y poco después imploraron perdón. La conspiración, sin embargo, seguía ganando adeptos, fomentada por los gentiles.



Martirio del P. Carranco

Los misioneros estaban indefensos. El P. Gordon en La Paz sólo contaba con 2 soldados; Tamaral no tenía ninguno en San José. La guarnición de Santa Rosa se reducía a otros 2 soldados. Los indios, que temían mucho las armas de fuego, determinaron matar primero a los soldados, a traición, uno por uno.

Un soldado que llegó de Loreto a escoltar al P. Tamaral, y para sangrarle y asistirle porque con los trabajos y escaseces de la misión había enfermado, le avisó del peligro y le propuso que saliera a La Paz. El Padre, "lleno de aquellos bizarros espíritus que le había comunicado su patria, Sevilla, y mucho más del ardimiento interior de la Divina Gracia", procuró sosegar los miedos del soldado. Replicóle éste que él no quería quedarse a morir, y no pudiendo intimidar al venerable Padre, le dejó solo y se marchó a La Paz, donde se enteró de la muerte de otro soldado, por lo que huyó a la misión de Dolores, a cargo del Padre Guillén, que ya tenía noticias de

varios alborotos. Despachó cartas inmediatamente a los 3 Padres en peligro; pidiéndoles que se retirasen a Dolores.

El P. Carranco, al conocer el peligro, y sabiendo que Tamaral no tenía guardas en San José, le envió una tropa de neófitos para que lo trajeran a Santiago. El P. Tamaral contestó que él en su misión no veía señales de asonadas, que él fiaba en Dios, a quien servía en vida y en muerte, que ni se veía digno del martirio que había deseado y pedido a Dios toda su vida, ni se creía en circunstancias de desamparar su misión. Este billete se halló después entre los despojos destrozados del Padre Carranco.

Sorprendieron los rebeldes a los mensajeros a su vuelta. La intención de los amotinados era matar primero al P. Tamaral, mas con la noticia que recibieron de los mensajeros de que el P. Carranco era sabedor de sus intentos, mudaron de idea, y le fueron a matar primero, para que no se escapase ni pidiese auxilio.

Pusiéronse los asesinos en camino de Santiago y llegaron a la cabecera de la misión el viernes primero de octubre (1734), entre 6 y 7 de la mañana, hora en que el P. Carranco acababa de celebrar misa y se había retirado a su aposento. Se informaron si estaban en el pueblo los dos mestizos que escoltaban al Padre, y supieron que poco antes habían salido al monte a traer dos reses para el gasto de la misión.

Los conjurados hicieron que entrasen a la casa del Padre los mensajeros, con pretexto de darle cuenta de la jornada. Encontraron al Padre hincado de rodillas; les recibió con cariño y extrañó que no viniese con ellos el P. Tamaral; preguntó si le traían carta; dijéronle que sí, diéronsela, abrióla, y empezó a leer atentamente. Cuando más embebecido estaba en su lectura, entró de repente en la casa el tropel de los conjurados, y arrojándose 2 de ellos sobre el Padre, lo sujetaron y en brazos le sacaron fuera entre la puerta de la casa y de la iglesia, donde los demás lo cargaron de flechas. Luego le acabaron de matar a golpes de palos y piedras, encarnizándose los cobardes bárbaros contra el moribundo misionero, cuando ya vieron que no tenían que temer. El Padre murió

invocando a Dios y ofreciéndole, por sus culpas y las de sus indios, el sacrificio de su inocente vida.

Al darse cuenta uno de los asesinos de que en la casa del Padre estaba el niño indio que lo acompañaba, y que lloraba amargamente al ver lo que habían hecho con el amado misionero, dijo: "Pues tanto lo quiere, mejor es que vaya a acompañarlo". Diciendo esto, cogieron al muchacho por los pies, lo mataron a golpes contra las paredes de la casa, y luego lo arrojaron muerto al lugar donde aún estaban los demás golpeando el cuerpo del mártir de Cristo.

Entonces juntaron leños para hacer hoguera en qué quemarle, arrastraron hacia ella el cuerpo ensangrentado y desfigurado, le desnudaron, le profanaron y quemaron.

MUERTE DEL PADRE TAMARAL

De Santiago pasaron inmediatamente los asesinos a San José del Cabo. El domingo del Rosario, 3 de octubre, hallaron al Padre sentado en una silla, dando gracias después de misa. Pidiéronle maíz, ropa y navajas. Sospechando sus intentos, les contestó: "Entrad, hijos, tomad lo que queráis, todo es vuestro". Dudaron un momento, pues esperaban otra respuesta, pero luego los dos matadores del P. Carranco echaron al P. Tamaral al suelo, le arrastraron por los pies fuera de la casa y le dispararon varias flechas. Luego les pareció mejor atormentarle con las navajas que el buen misionero les había regalado, infiriéndole muchas heridas. El Padre en su muerte no cesó de invocar el nombre de Dios.

Cometieron los indios con el cadáver las mismas abominaciones que en Santiago, y le quemaron.

El Padre Tamaral tenía al morir 47 años y 18 de misionero de California. De la vida que llevó con los bárbaros del sur nos puede dar idea el hecho de habérsele visto uncido con un buey y arando con un indio en el arado.

Los alzados intentaron luego dar muerte al Padre Taraval, pero éste fue avisado del riesgo que corría, y aunque deseaba con ansia la fortuna que habían logrado sus dos compañeros jesuítas,



Martirio del P. Tamaral

creyó de su deber hacer las diligencias prudentes para salvar su vida y la de sus escolteros. Con ellos pasó a la Bahía de la Paz el día 4 de octubre.

Los indios rebeldes, al darse cuenta de que se les había escapado el P. Taraval, mataron 27 cristianos o catecúmenos. Con las querellas de éstos y de sus parientes se encendieron guerrillas y desavenencias de unos con otros, con que recíprocamente se mataban, como en tiempos de su gentilidad.

DESAMPARO DE LAS MISIONES

Como había temor de que la sedición cundiera en toda la península, el Padre Visitador escribió a todos los misioneros a principios de 1735, mandándoles con precepto que desamparasen las misiones y se recogiesen todos en Loreto, para salvar a lo menos las vidas al abrigo del Presidio.

Así lo hicieron los Padres, sin que los indios lo notasen al principio, pues se iban ausentando sucesivamente, según llegaban las cartas.

Se vio que esa determinación fue providencial, pues el fuego de la rebelión prendió fácilmente en el ánimo de todos los indios, de modo que a no haberse hecho tan a tiempo esa retirada, quizá se hubiera perdido para siempre toda entera la California.

El virrey, arzobispo Vizarrón, era enemigo de los jesuitas, y rehusó mandarles la protección que le pidieron. No se movió ni con la muerte de los Padres ni con la destrucción de las misiones.

Mas el socorro que no se recibió del virrey, vino de los bárbaros, poco antes gentiles. La nación yaqui, fiel a los misioneros, se apresuró a defenderlos. Apenas se enteraron de lo que pasaba, más de 500 guerreros armados bajaron de sus pueblos a la ribera para embarcarse al socorro de California. No cabían tantos en un barco, y de ellos se escogieron 60, que pasaron a Loreto, y luego a Dolores.

Con esto mejoró luego la situación, y más cuando el virrey y el gobernador de Sinaloa despacharon tropas para reducir a los alzados y fundar el presidio del sur que, al fin, se estableció en San José del Cabo. El vengativo virrey, al enviar este urgente auxilio, no se olvidó de perjudicar a los jesuitas, lo que hizo al ordenar que la tropa fuera independiente de los misioneros. La soldadesca, con sus vicios y crímenes, escandalizó a los nuevos cristianos e hizo odioso el nombre de los españoles. Fue hasta 1744 cuando se volvió a poner la tropa a disposición de los misioneros.

RESTAURACION

Con la llegada de la tropa y restablecimiento de la paz, empezaron los misioneros a volver a sus puestos, reclamados por los indios, que fueron en peregrinación hasta Loreto, cargando en hombros las cruces de las misiones, y rogaron a los Padres que volvieran.

Entretanto murió en San José Comondú el santo anciano Pa-

dre Julián de Mayorga, [...] haberla gobernado 29 años. "Lloraba muchas veces ante Dios —dice Venegas— este viejo dulcísimo la pérdida de las misiones, cuya salvación le había sacado de España, y a quienes tenía dentro del corazón".

"Lo que es digno de reparo —escribió el P. Taraval— que lo mismo fue pasar de esta vida el venerable y apostólico Padre que, como si alguno hubiera penetrado los Cielos, se vio aplacarse la borrasca, sosegarse las misiones, ablandarse los corazones de los apóstatas, y empezarse a rendir, sujetar y reducir los mal contentos".

En efecto, se restablecieron las misiones de La Paz, San José del Cabo y Santiago, y aunque hubo conatos de nuevos alzamientos de los pericúes, pronto se sofocaron.

Las epidemias de 1742, 44 y 48 diezmaron la población indígena y se abandonaron las misiones de San José del Cabo y Santa Rosa.

SE EXTINGUE UNA GENERACION

La primera generación de misioneros de California, cumplida su tarea, empezó a extinguirse.

En 1744 falleció el P. Jaime Bravo, a los 61 años de edad y 39 de misionero. Ocho trabajó en la misión de La Paz, construyó la Procuraduría y la iglesia de Loreto, donde fue sepultado su cadáver.

En 1747 sufrió la misión la pérdida del Padre Sebastián Sistiaga, que aunque no murió sino hasta 1756 en Puebla, fue preciso retirarlo de la vida activa, por su agotamiento y escrúpulos, después de 29 años de apostólicos trabajos. Sus campos de operación fueron las misiones de Santa Rosalía y San Ignacio, las más prósperas del norte. Dormía vestido para estar pronto a cualquier llamado. Con un costal de maíz y de carne seca, caminaba hasta doce leguas en busca de los naturales y estaba con ellos todo el tiempo que era necesario, viviendo su vida.

Tuvo también que retirarse del trabajo, el año 46, otro bene-

mérito misionero, el P. Clemente Guillén, natural de Zacatecas. Fundó la misión de Dolores, entre los feroces guaycuros, y la administró 20 años.

Estos viejos y gloriosos padres fueron reemplazados por jóvenes y no menos heroicos misioneros.

Las últimas misiones fundadas fueron las de Santa Gertrudis, por el P. Konzag, en 1752, la de San Borja, en 1762, y la de Santa María de los Angeles, en 1766.

RESUMEN

En el corto período de 72 años (1697-1768), los misioneros de la Compañía de Jesús conquistaron y unieron material y espiritualmente a México la península de la Baja California.

Fundaron 18 misiones y empezaron otra.

Fueron, en total, 52 los misioneros que realizaron esta magna empresa.

Al tiempo de la expulsión, casi todos los pobladores de Baja California eran cristianos.

Los misioneros llevaron a la huraña California la fe, el idioma y la cultura occidental.

Ellos llevaron también todos los bienes de la vida civilizada.

Abrieron caminos; poblaron de ganado los desiertos; plantaron maíz, trigo, olivos, vides; establecieron telares; vistieron y alimentaron a los indios; crearon pueblos; erigieron iglesias; construyeron presas y canales de riego; exploraron mares y costas.

Fueron padres, apóstoles y civilizadores.

Baja California es de México porque los jesuitas la hicieron mexicana.

Bendita sea su memoria.

BIBLIOGRAFIA

ALEGRE, FRANCISCO JAVIER. *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España.* Méx., 1841.

— *Historia de la Provincia que tuvo la Compañía de Jesús en la Nueva España.* Méx., 1940.

ALMADA, FRANCISCO R. *Apuntes históricos de la región de Chinipas.* Chih., 1938.

ASTRAIN, ANTONIO. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España.* Madrid, 1900-1920. 7 vol.

BAEGERT, JUAN JACOBO. *Noticias de la Península Americana de California.* Introducción de Paul Kirchof. 1ª edición española, Méx., 1942.

BALTAZAR, JUAN. *Cartas edificantes de los PP. Fco. Ma. Piccolo, Juan Gumersbach, Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral.*

BAYLE, CONSTANTINO. *Historia de los descubrimientos y colonización de los Padres de la Compañía de Jesús en la Baja California.* Madrid, 1933.

BOLTON, HERBERT EUGENE. *Rim of Christendom. A biography of Eusebio Kino.* New York, 1936.

— *The Padre on Horseback* (a sketch of Eusebio Kino). S. Fco., 1932.

CABO, ANDRÉS. *Los Tres Siglos de México.* Méx., 1836.

CLAVIJERO, FRANCISCO JAVIER. *Storia della California,* 1782.

CUEVAS, MARIANO. *Historia de la Iglesia en México.* Méx., 1946.

DECORME, GERARD. *La obra de los jesuitas mexicanos,* Méx., 1941.

ECHEVARRÍA, JOSÉ ANTONIO. *Varias relaciones de su visita a las misiones de California.* 1729-31.

KINO, EUSEBIO FRANCISCO. *Favores celestiales.* Publicado en México en 1922 con el título: *Las Misiones de Sonora y Arizona.*

LOCKWOOD, FRANK C. *With Padre Kino on the trail.* Tucson, 1934.

OROZCO Y BERRA, MANUEL. *Historia de la Dominación Española en México,* Méx., 1938.

ORTEGA, JOSÉ. *Apostólicos Afanes de la Compañía de Jesús.* Ed. mexicana, 1887.

OVIEDO, JUAN ANTONIO. *Menologio de varones ilustres.* Méx., 1747.

— *Vida del P. Juan Ugarte.* Méx., 1753.

— *Vida del P. Juan B. de Salvatierra* (Compendio de Venegas), Méx., 1754.

PÉREZ DE RIVAS, ANDRÉS. *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre las gentes bárbaras y fieras del Nuevo Orbe.* Madrid, 1645.

VENEGAS, MIGUEL. *Noticias de la California y de su conquista temporal y espiritual sacada de la historia manuscrita formada en México.* Méx., 1944.

VILLAVICENCIO, JOSÉ. *Vida del P. Juan Ugarte.* México, 1752.

I N D I C E

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

Opinión del Dr. D.
Alfonso Méndez Plancarte

En septiembre de 1953, la Editorial Jus inició una preciosa serie de **Figuras y Episodios de la Historia de México,** dirigida —y escrita íntegramente, al menos hasta ahora— por el joven y ya egregio historiador Lic. Alfonso Trueba Olivares, y que con selectísima presentación y puntualidad ejemplar, nos brinda sus opúsculos en forma de "revista mensual", y a precios que la ponen, dichosamente, al cómodo alcance de todo el mundo.

Perfecta y bien aereada erudición, criterio vital y lúcido, y valiente y límpida pluma, son el triple heroísmo de excelencias que avaloran estas monografías históricas populares, que vienen a ofrecerle a todo México —el México intacto y joven— un auténtico espejo de su verdad.

Pocas empresas tiene esta hora nuestra, más fértil y genuinamente patrióticas. Pocas, también, más desinteresadamente abnegadas e intrépidas. **En buena hora nació,** como el viejo Cid, **para honra de todos.** Y urge, por eso mismo, el difundirla y recomendarla —sobre todo entre nuestros jóvenes—, y el hacerla llegar a todos nuestros ambientes —incluso, por supuesto, nuestros hogares—, para la irradiación más plena de su mensaje tónico y purificador.

Alfonso Méndez Plancarte.

Ábside, revista de cultura mexicana. XVIII-3.

misio

...URAS Y EPISODIOS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

...lección publicada por la Editorial Jus, S. A.

... de Abasolo 14, Col. Guerrero. México 3, D. F. 26-06-16; 26-05-40

... Alfonso Trueba, del 1 al 15, del 17 al 19, del 21 al 27, el 29, el 36 y el 47

(Viene de la pág. anterior)

36.—California, Tierra Perdida.—I .... ,,
37.—La Traición de Querétaro (2a. Edición), por Alfonso Junco ,,
38.—Hidalgo, por don Ezequiel A. Chávez .... ,,
39.—Morelos, por don Ezequiel A. Chávez .... ,,
40.—Agustín de Iturbide, Libertador de México, por don Ezequiel A. Chávez .... ,,
41.—La Guerra del 47, por Carlos Alvear Acevedo .... ,,
42.—La Segunda Intervención Americana, por Angel Lascuráin y Osio .... ,,
43.—De Cabarrús a Carranza, La Legislación Anticatólica en México, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) . . ,,
44.—Miramón, Caballero del Infortunio (2a. Edición), por Luis Islas García .... ,,
45.—El Indio Gabriel, por Severo García .... ,,
46.—La Masonería en la Historia y en las Leyes de Méjico, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) .... ,
47.—California, Tierra Perdida.—II .... ,,
48.—Galeana, por Carlos Alvear Acevedo .... ,,
49.—El Milagro de las Rosas, por Alfonso Junco (2a. Edición) . . ,,
50.—La Constitución de 1857: Una ley que nunca rigió, por G. Gómez Arana .... ,,
51.—Poinsett, Historia de una gran intriga (2a. Edición), por José Fuentes Mares .... ,,
52.—Apuntes sobre la Colonia.—I. Problemas Sociales y Políticos, por don Ezequiel A. Chávez .... ,,
53.—Apuntes sobre la Colonia.—II. La Reeducación de Indios y Españoles, por don Ezequiel A. Chávez .... ,,
54.—Apuntes sobre la Colonia.—III. Repercusiones sobre los Tiempos Posteriores, por don Ezequiel A. Chávez .... ,,
55.—La Piqueta de la Reforma, por Francisco Santiago Cruz . . . . ,,
56.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara. Parte Primera. Por Peter Masten Dunne, S. J., traducción de Manuel Ocampo, S. J. ,,
57.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara. Parte Segunda . . . ,,
58.—La Evangelización de los Indios. Por don Ezequiel A. Chávez . ,,
59.—Cabeza de Puente Yanqui en Tehuantepec, por Luis Castañeda Guzmán .... ,,
60.—José Vasconcelos, por William Howard Pugh .... ,,
61.—Robinson y su Aventura en México, por Eduardo Enrique Ríos ,,
62.—Un Clérigo Anticlerical: el Doctor Mora, por Mario Mena . . ,,
63.—La Educación en México en la Epoca Precortesiana, por don Ezequiel A. Chávez .... ,,
64.—El P. Bartolomé de Olmedo, Capellán del Ejército de Cortés, por José Castro Seoane, O. de M. .... ,,
65.—Luis Navarro Origel —el primer Cristero—, por Martín Chowell (seudónimo) .... ,,
66.—El Increíble Fray Servando, por Alfonso Junco .... ,,
67.—Los Hospitales de México y la Caridad de don Benito, por Francisco Santiago Cruz .... ,,